



Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Una asesina llamada Margarita

El presidente Martínez del Estado Soberano Gran Caribe ha fallecido víctima de un infarto. El vicepresidente Honorio Migueles asumió el mando del país, como es lógico. Y su mandato durará tres semanas, tras las cuales se van a celebrar como ya estaba previsto las elecciones para la presidencia. De todos es sabido que Honorio Migueles no será elegido… No es hombre adecuado cosa que ha quedado archidemostrada durante su vicepresidencia. Por lo tanto, se elegirá a uno de los dos candidatos nuevos que ya han presentado su candidatura. Uno de ellos es el general Juan María Carrasco Nogales. Un militar… duro y eficaz, según parece. Un hombre inteligente, cordial, generoso… Es un buen candidato. Sin embargo, la opinión general del país, respaldada por la Gallup de Encuestas norteamericana, es que vencería el otro candidato, el Doctor López Villegas. Pero el Doctor López Villegas está encarcelado, acusado de provocar el asesinato del presidente Martínez.

Lou Carrigan

Una asesina llamada Margarita

Brigitte en acción - 170

ePub r1.1
Titivillus 26-05-2019

Lou Carrigan, 1973
Diseño de cubierta: Benicio
Diseño de portadilla V Aniversario: Etriol & lvs008

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Proyecto Scriptorium



Más libros, más libres

Edición conmemorativa

Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

Desde el coche se veía ya Penal Caribe, la prisión central del Estado Soberano Gran Caribe, cerca de Marina, la capital del país. Era una especie de fortaleza, con altos y gruesos muros pintados de blanco y una torre de vigilancia en cada ángulo de la cuadrada fortaleza, pues no otra cosa parecía. Una bonita y acogedora fortaleza, rodeada de palmeras y de vegetación, pero, a cierta distancia, de tal modo que la mole del penal quedaba perfectamente aislada. Era como una gran mancha blanca bajo el cielo azul purísimo que refulgía, centelleaba al espléndido sol de la mañana en un paisaje tropical.

El coche se detuvo, ya muy cerca del penal y su ocupante lo miró especulativamente. Por fin, movió la cabeza en sentido negativo.

—No… —musitó—. No sería fácil sacar a alguien de ahí dentro, desde luego. Yo diría que imposible. Aunque… nunca me ha gustado la palabra «imposible». De todos modos, hay que admitir que «La Caimanera», como la llaman aquí, es toda una prisión… Veremos.

El coche siguió por la carretera, hacia Penal Caribe. Poco después se detenía delante de la gran puerta doble, de madera, pero de una solidez evidentísima. A cada lado de la puerta había un centinela, subfusil al hombro. Uno de ellos se acercó, saludó con cierta desgana al ocupante del coche y se inclinó hacia la ventanilla para verlo y pedirle:

—¿Tiene usted pase para visitar…?

No dijo nada más.

Quedó estupefacto. Petrificado. Pasmado. Atónito. Aturdido. Incrédulo… En una palabra: fulminado. Fulminado por aquel golpe de belleza que le llegó desde el interior del coche. Incapaz de reaccionar, estuvo unos segundos mirando a la hermosa,

hermosísima, bellísima, fantástica, formidable, maravillosa muchacha que, sonriendo amablemente, le tendía una cartulina amarilla. Pero el centinela no podía ver la cartulina. Sólo veía aquellos enormes ojos verdes llenos de vida y belleza; la boquita sonrosada, dulce, casi infantil; la deliciosa barbilla; la rubia cabellera larga y suelta…, tan rubia como los mismísimos rayos del sol; y luego, el esbelto cuello de trazo delicadísimo, señorial; el profundo escote maravilloso; parte de sus hombros, gracias a la escotadísima blusa; los brazos torneados de piel como seda dorada… Toda ella parecía de seda dorada. Y las manos eran como bellas flores… Una de las manos sostenía algo, que se agitaba suavemente ante sus narizotas.

—¿No es éste? —Oyó una voz que parecía proceder del cielo.

El centinela tragó saliva de modo muy poco conveniente al respingar. Esto es: se atragantó. Luego miró la cartulina amarilla y asintió con la cabeza.

—Sí… —tartamudeó—. SS-Sí… Sí, e-este… este es…

—¿Puedo pasar entonces? —sonrió la muchacha.

El hombre volvió a tragar saliva, ahora con más normalidad. Se enderezó, volvió a saludar y dio media vuelta. Llamó y la doble puerta fue abierta desde el interior. Él coche entró en la gran explanada de la prisión y rodó hasta delante de las oficinas y Cuerpo de Guardia, donde se detuvo. Allí, dos escalones más arriba, estaba esperando ya un joven oficial. La puerta del coche se abrió, la muchacha se apeó… y el joven oficial de prisiones casi se cayó de espaldas, no menos fulminado que el centinela. O quizá más, porque contemplar de cuerpo entero a la muchacha rubia era terrible. Tenía las piernas más bellas que un hombre pudiera…

—Quisiera ver a un prisionero —dijo la muchacha, sonriendo—. Y supongo que no puedo entrar con armas.

El oficial respingó, abrió aún los ojos y bajó precipitadamente los dos escalones, plantándose con enérgico saludo ante la divina aparición.

—No… —murmuró—. No se puede entrar con armas, claro.

—Es que siempre que viajo llevo una pistolita. ¿Sería tan amable de hacerse cargo de ella mientras dure mi visita?

—Sí. Sí… ¡Es mi obligación!

La muchacha sonrió. Abrió un precioso y exótico maletín rojo

con florecillas azules que llevaba en la mano izquierda, lleno de cosas femeninas, tales como perfume, secador de cabello, cepillo, peine, cremas, espejitos, polvos, maquillaje… Encima de todo eso había una graciosa pistolita con cachas de madreperla, que ella tomó con dos deditos y ofreció al joven oficial.

—Es como un juguete —dijo—. Pero me gusta respetar las disposiciones.

—Sí… Claro… Gracias… Perdón: ¿eso es una cámara fotográfica?

Señaló el pequeño aparato; junto a él había un pequeño trípode de aluminio, de redondas patas. Y unos gemelos también pequeños, de teatro.

—Sí, es una cámara.

—Lo siento, pero tampoco puede entrar con ella, señorita.

—Ah. No sabía… Bueno, si fuese usted tan amable de ver todo esto y apartar lo que no esté permitido… Lo de las armas es fácil de comprender, pero de lo demás no entiendo nada.

El oficial tomó la cámara y los gemelos. Luego, con gran cuidado, revolvió un poco el resto del contenido del maletín, para autorizar al fin:

—Está bien. A la salida le devolveré todo esto. ¿A quién quiere usted visitar? ¿Cuál es el nombre del preso?

—Doctor López-Villegas.

El oficial respingó. Luego tomó por fin la cartulina amarilla y leyó unas líneas escritas a mano. Parecía perplejo, pero si allí decía aquello, por algo sería.

—¿Me permite su documentación? —pidió.

La muchacha la sacó del maletín y se la tendió. Su contenido era: Nora Tisdale, de nacionalidad inglesa, residente en las Bahamas, Nassau, de profesión periodista. Al leer esto, el ceño del oficial se frunció.

—¿Algo no está bien? —musitó la señorita Tisdale.

—Sí, sí, todo… está bien. Por favor, acompáñeme. Yo mismo la llevaré al locutorio privado.

Subieron las dos escaleras y mientras caminaban, la señorita Tisdale iba mirando a todos lados, sonriendo tímidamente, como asustada… En cada torre había un centinela armado. Había dos más en la puerta, en la parte de dentro. A la derecha, el garaje para los

coches celulares. A la izquierda, seis viejos cañones, que sólo podían hacer sonreír a un supuesto enemigo. Seguro que eran un simple adorno. Delante del Cuerpo de Guardia, a fin de contemplar embelesados a la rubia visitante, habían aparecido no menos de quince hombres, sin la guerrera, ya que debían estar en turno de descanso…

«Imposible», pensó.

Cinco minutos más tarde, tras haberse convencido la muchacha de la imposibilidad de recorrer aquellos pasillos llenos de rejas y vigilancia sin estar en posesión del pase, el joven oficial se detuvo ante una sólida puerta. La abrió y se apartó.

—Entre, por favor. Traeremos en seguida a la persona que quiere ver.

—Muchas gracias.

Entró, la puerta se cerró y afuera quedó un centinela. La muchacha vio en un instante todo lo que había por ver allí dentro: una mesa y cuatro sillas. Eso era todo. Colocó dos sillas ante la mesa, una frente a la otra, y se sentó de cara a la puerta. Puso el maletín sobre la mesa, sacó un paquete de cigarrillos, encendió uno con su estupendo encendedor de platino y brillantes…

Estaba a medio fumar el cigarrillo cuando la puerta se abrió. Entró un hombre y la puerta volvió a cerrarse. El hombre se quedó ante la puerta, mirándola. También ella lo miraba fijamente, incluso expectante. El hombre debía tener unos cincuenta años; era de mediana estatura, delgado, pero de hombros anchos, fuertes; su cabellera era muy larga, entrecana. Sus ojos oscuros mostraban una chispa de rebeldía y al mismo tiempo un poderoso destello de inteligencia. Su rostro, muy tostado por el sol, era hermoso, recio, viril. La señorita Tisdale reparó en que no sólo estaba en mangas de camisa, sino que no llevaba corbata, ni cordones en los zapatos…

Sonrió, amistoso.

—Encantada de conocerlo, doctor López-Villegas. ¿Tiene la bondad de sentarse, por favor?

Aurelio López-Villegas se acercó, se sentó delante de la muchacha, de espaldas a la puerta y musitó:

—No la conozco a usted.

—Me llamo Nora Tisdale. Soy inglesa, residente en Nassau… Periodista.

López-Villegas se puso en pie con un gesto de disgusto.

—No tengo nada que decir a una periodista extranjera —dijo adusto.

—Por favor… Usted no sabe lo laborioso que ha sido conseguir la autorización para verle… ¿Qué le cuesta a usted concederme unos minutos?

—Todo está dicho sobre este asunto, señorita. Llega usted algo tarde para conseguir información: los periódicos de todo el mundo la han difundido ya por todos los medios.

—Ya sé eso —sonrió ella—. Sin embargo, yo soy muy… escrupulosa y me gusta siempre conseguir la información del modo más directo posible. Pero es que, además, quizá pueda ayudarle.

El hombre entornó los ojos. Estuvo así unos segundos. Luego, se sentó de nuevo, siempre fija su notable mirada en los verdes ojos de la bellísima rubia.

—¿Ayudarme? —susurró—. ¿De qué modo?

—Bien… Veamos si estoy bien informada sobre los hechos… Esto es primordial para nuestra posterior conversación. Mmm… Vamos a ver: hace dos semanas, el presidente Martínez del Estado Soberano Gran Caribe falleció víctima de un infarto. El vicepresidente Honorio Migueles asumió el mando del país, como es lógico. Y su mandato durará hasta dentro de tres semanas, en que se van a celebrar como ya estaba previsto las elecciones para la presidencia. De todos es sabido que Honorio Migueles no será elegido… No es hombre adecuado cosa que ha quedado archidemostrada durante su vicepresidencia. Por lo tanto, se elegirá a uno de los dos candidatos nuevos que ya han presentado su candidatura. Uno de ellos es el general Juan María Carrasco Nogales. Un militar… duro y eficaz, según parece. Un hombre inteligente, cordial, generoso… Es un buen candidato. Sin embargo, la opinión general del país, respaldada por la Gallup de Encuestas norteamericana, es que vencería el otro candidato. Es decir, usted.

—Ya no parece posible, ¿verdad? —sonrió adustamente López Villegas.

—Nunca se sabe. Pero sigamos con los hechos…

—Todos esos «hechos» —se indignó López-Villegas— no son más que un puñado de mentiras que…

—Por favor, déjeme seguir. Los hechos, tal como se conocen en

todo el mundo, son los siguientes: hace pocos días, el general Carrasco Nogales desapareció. Y pocos días más tarde, fuerzas militares lo encontraron en cierta choza de unos labradores, no muy lejos de Marina, la capital. Lo habían secuestrado tres hombres que si mal no recuerdo se llamaban Chávez, Pérez y Crespo… Esos tres hombres fueron muertos por los soldados que, al mando de un joven y valiente oficial del Ejército, pudo encontrar y seguir la pista de su general. En cuanto al infortunado general Juan María Carrasco Nogales, fue hallado atado en la choza. Atado, golpeado, torturado… y poco menos que muerto de hambre, de sed y de sueño. Su fotografía tomada al ser liberado ha dado la vuelta al mundo y es en verdad muy elocuente. Yo la vi… y confieso que no me habría gustado estar en el sitio del pobre general Carrasco Nogales. El cual, en cuanto estuvo en condiciones de hablar coherentemente, explicó que aquellos tres sujetos trabajaban a las órdenes de Sérvulo Mendieta, un… politicucho de poca monta. Por supuesto, el tal Sérvulo Mendieta fue arrestado por fuerzas militares y sin esperar a recibir el mismo trato que el general, confesó que habían secuestrado al general Carrasco Nogales por orden del doctor López-Villegas, que…

—Jamás di esa orden a nadie.

—Déjeme terminar… Lo que dijo Sérvulo Mendieta fue que estaba trabajando para usted. Aunque todas las probabilidades estaban a favor de usted para el cargo de presidente, usted no quiso correr riesgos y mandó secuestrar al general Carrasco Nogales. La idea era obligarle a dimitir de su candidatura. Para esto, provistos de un magnetófono, Sérvulo Mendieta y sus tres cómplices directos en el secuestro, se dedicaron a golpear y torturar al general Carrasco, exigiéndole que grabase su dimisión, diciendo que se retiraba de la vida política y del país por motivos personales. Dicha grabación se tenía pensado entregarla a TV Caribe y a Radio Gran Caribe, las emisoras nacionales que habrían difundido la noticia por todo Gran Caribe. Es decir, que sólo quedaría usted como candidato a la presidencia, mientras el general Carrasco Nogales, a quien todo el mundo consideraría fuera del país, habría sido en realidad asesinado por Mendieta, Pérez, Chávez y Crespo. Pero fueron encontrados. Pérez, Chávez y Crespo resultaron acribillados por los soldados y el general denunció a Sérvulo Mendieta; el cual, al ser

hecho prisionero, se desmoronó y le delató a usted como dirigente del complot. Consecuencia lógica: usted también fue detenido y, como Mendieta, traído a Penal Caribe. Dentro de muy pocos días, ambos serán juzgados. Mientras tanto, cada día, Sérvulo Mendieta es llevado al Gobierno Militar, donde se le interroga sobre el complot y él va proporcionando abundante información. Hoy mismo, si no me equivoco, está allí…

—¿Y por qué no ha ido usted allí, a escucharlo a él?

—Porque no está permitida la asistencia al público.

—Claro. ¿Para qué dejar que el público oiga todo ese montón de sucias mentiras?

—Bueno, doctor López… Mire, quizá todo sean mentiras, pero si lo son, el primero en pagar sus consecuencias será Sérvulo Mendieta. ¿Por qué habría de mentir, perjudicándose a sí mismo? Es obvio que él y los otros tres hombres secuestraron al general Carrasco Nogales…

—¡Pero no por orden mía! —exclamó López-Villegas—. ¡Yo no he tenido nada que ver con todo este asunto!

—Entonces…, ¿por qué lo acusa Sérvulo Mendieta?

—¡No lo sé! ¡Pero está bien claro que quiere hundirme!

—¿A costa de su propia vida? Vamos, vamos, doctor…

López-Villegas se pasó una mano por la frente con gesto de desesperado abatimiento.

—Sí… —musitó—. Tiene razón… No entiendo esto. Ya he dicho miles de veces que no tengo nada que ver, pero nadie me escucha… Piensan que he querido deshacerme de un rival para ser yo presidente del país… Y no puedo culpar al pueblo por creer cosa que parece tan evidente.

—¿Pero no es cierta? —susurró Nora Tisdale.

—No. No es cierta.

—¿Se le ocurre algún motivo por el que Sérvulo Mendieta le esté acusando a usted?

—No. Y no hago más que pensar en ello… Sólo sé que a mí me han hundido y que el único beneficiado, a la postre, va a ser Carrasco Nogales, que quedará como único candidato y como un héroe que ha soportado torturas y vejaciones.

—Sí… Así será. Un hombre de mucha suerte el general Carrasco Nogales, ¿verdad?

—Lo siento por el país… —susurró López-Villegas—. Carrasco es un buen militar, pero nada más.

—Quizá también resulte un buen político.

—Imposible.

Nora Tisdale sonrió secamente.

—Por el momento, parece que entre lo que le ha ocurrido y sus declaraciones, está consiguiendo el favor del pueblo. En estos momentos nadie tiene la menor duda de que dentro de unas semanas el general Juan María Carrasco Nogales será presidente de Gran Caribe. En cuanto a sus declaraciones, hay algunas que parecen… terribles. Supongo que usted se ha enterado de que el general Carrasco y sus partidarios están acusando a la CIA de haber intervenido en esto. Gran Caribe no siente mucha simpatía por Estados Unidos y se dice ahora que todo el asunto del secuestro de Carrasco fue planeado por la CIA que quiere verle a usted en la presidencia de la nación… Así que Estados Unidos quiso asegurarse su mandato del modo más completo posible: eliminando al general Carrasco. Según la última versión que corre por todos los noticieros del mundo, el… culpable absoluto, quienes han organizado el secuestro y tenían planeada la muerte de Carrasco, ha sido la CIA, con la cual usted evidentemente está en óptimas y secretas relaciones, de tal modo que, agradecido a su ayuda, no dudaría en… colaborar con Estados Unidos en muchos aspectos en cuanto fuese elegido presidente… Más o menos, usted sería un… títere de Washington, en agradecimiento a la ayuda recibida por mediación de la CIA para colocarlo sin tallo alguno en la presidencia… ¿Está enterado de estas… noticias?

—Sí.

—¿Y bien?

—No he tenido que ver con la CIA nunca en mi vida. Pero también he pensado en esto: no sé si alguien quiere perjudicarme a mí utilizando el nombre de la CIA, o alguien quiere perjudicar a la CIA utilizando mi nombre.

—Parece que puede ser una de estas dos cosas, en efecto —susurró la señorita Tisdale, fijos sus ojos en los de López-Villegas—. ¿Por cuál se inclina usted?

—Por el momento, tanto la CIA como yo estamos saliendo perjudicados por igual.

—Evidentemente. Y eso no puede ser del agrado de ciertos señores de Washington. En mi opinión, si en la Central de la CIA fuesen lo bastante listos, enviarían a alguien a enterarse de la verdad… La CIA ha cometido muchos errores, pero siempre resulta fastidioso apechugar con los que no ha cometido, ¿no le parece?

—Supongo que sí.

—En cuyo caso, quizá en la Central de la CIA han pensado que alguien está tramando algo… molesto.

—Es posible. No lo sé. Ya le he dicho que nunca he tenido nada que ver con la CIA.

—Eso me consta, por supuesto.

López-Villegas miró a la muchacha, expectante.

—¿Le consta? ¿Qué quiere decir?

—Que estoy segura de que usted jamás ha tenido relaciones con la CIA Y puesto que usted también lo niega, me complace convencerme de que esa mentira no ha surgido de usted mismo, lo cual es lo que yo quería saber, doctor López-Villegas. Así que… tendré que seguir buscando.

Aurelio López-Villegas había vuelto a entornar los ojos y sus labios se habían apretado.

—¿Quién es usted? —preguntó en voz muy baja.

—Una periodista inglesa —sonrió Nora Tisdale—. Residente en Nassau. Ya se lo he dicho.

—Eso es mentira… Usted es de la CIA.

—Vamos, vamos… ¡Qué imaginación tiene usted! —rió la señorita Tisdale, cerrando su maletín rojo con florecillas azules—. Le juro que soy periodista, doctor.

—Por muy bien que hable usted el español, no creo en su juramento.

Nora Tisdale se sorprendió.

—No le entiendo —se desconcertó, por fin.

—Hablando español tan bien como lo habla usted, parece que yo tendría que dar más crédito a sus juramentos. Es una especie de… coacción mental. Pero no sirve en este caso: usted es de la CIA.

—¿Cree que estoy loca? —exclamó Nora.

—¿Loca? ¿Por qué?

—Para meterse en este avispero tal como están las cosas contra la CIA, sólo un agente loco se atrevería a hacerlo. Lo más probable,

además, es que sólo consiguiese complicar las cosas.

—Quizá. Depende de la… categoría de ese agente… «loco». ¿Por qué, en vez de loco, no decimos que es… muy astuto, audaz, inteligente, fuera de serie…?

—¡Doctor! —volvió a reír la muchacha—. ¡Usted me está halagando!

—¿No quiere preguntarme más cosas? Puedo hablarle de todo lo que desee y le juro que sería sincero con usted.

—Es curioso… ¿Por qué ese cambio de actitud hacia mí? Usted parece ahora incluso… contento. ¿Por qué?

Aurelio López-Villegas sonrió ahora cordialmente, y susurró:

—Me alegro mucho de que haya venido, señorita. Estaré esperando que venga a sacarme de aquí. Pero, por favor, sin prisas… Haga usted las cosas bien…, como siempre.

—Temo que no le entiendo, de veras.

—Gracias por su presencia —insisto López-Villegas—. Y si llega a necesitar ayuda, acuda a cualquiera de estos cuatro hombres: Héctor Sánchez, Eloy Salvatierra, Lucas Orozco, Ginés Medrano. Sus nombres están en el directorio telefónico de Marina… ¿Los recordará?

—Por supuesto, ya que tengo una memoria magnífica, pero… francamente, estoy desconcertada…

—Yo no —casi rió el hombre—. ¡Esto es estupendo!

—¿Está seguro de que no es usted quien está loco? —sonrió Nora.

—Ya no. Estaba loco de ira y de miedo por el destino de mi país, pero… ya no. No lo olvide: espero que venga a por mí.

—Bueno… Quizá lo haga, sí. Pero la pregunta es esta: ¿lo haré como amiga o como enemiga? —Se puso en pie—. Buenos días, doctor López-Villegas… Gracias por recibirme.

Capítulo II

Justo a mitad del camino de vuelta hacia Marina, la señorita Tisdale se salió de la carretera, enfilando un estrecho camino que convirtió la marcha del coche en una especie de navegación en mar tormentoso. Poco después, llegaba a un pequeño bosquecillo, a cuya sombra detuvo el coche.

Un poco más allá había otro, del cual se apeó un hombre alto y atlético al oír el brevísimo sonido del claxon que ella produjo. Llevaba un portafolios en la mano izquierda. Llegó al coche de la señorita Tisdale y se sentó junto a ésta, mirándola con sonriente curiosidad.

—Hola —saludó—: es fantástico conocerla.

—Buenos días, Simón —sonrió ella—. ¿Tiene todo lo que le pedí?

—Desde luego.

Abrió el portafolios y sacó unas cuantas cuartillas y fotografías, todo unido con una pinza metálica. La señorita Tisdale examinó en primer lugar las fotografías, todas ellas recortadas de periódicos. Colocadas en orden por Simón, podían considerarse una especie de «cómic» que iba relatando toda la aventura padecida por el general Carrasco Nogales; es decir, desde que había sido rescatado. Los periódicos no habían escatimado, ni mucho menos, la información gráfica. La última fotografía correspondía al general, sentado en un sillón de su residencia. Sonreía cordialmente, con las manos en alto, saludando a quien mirase la fotografía. Pero, pese a la sonrisa, era fácil captar la fatiga en su rostro. En las primeras aparecían los cadáveres de Crespo, Chávez y Pérez, tal como habían quedado al morir bajo los disparos de los soldados que mandaba el muy apuesto y joven capitán César Barea, héroe directo del rescate. Luego, el general Carrasco Nogales era llevado a una clínica; fotografías de la clínica, con vigilancia militar en el exterior y en el

interior; fotografías del general con periodistas nacionales y extranjeros; fotografías del general regresando a su residencia; fotografías de la residencia, custodiada a partir de su regreso: después, fotografías de Sérvulo Mendieta al ser detenido; fotografías del doctor Aurelio López-Villegas al ser detenido…

—Entiendo —musitó Nora Tisdale— que Sérvulo Mendieta está casado, ¿no es así, Simón?

—Sí, sí… Con Margarita Benítez Ochoa.

—Pero no veo que ella aparezca en ninguna fotografía.

—Ha desaparecido.

—Ya. Bueno, no debe sorprendernos mucho, ¿verdad?

—Francamente, no… Debe estar muy asustada. A fin de cuentas, su marido está detenido, acusado de complot nacional e intento de asesinato en la persona del general Carrasco. Supongo que ella piensa que si se deja ver van a detenerla también.

—Creo que yo también lo temería.

—¿Quiere que la busquemos?

—Pues… no. Por ahora, no. Ustedes cuatro y yo estamos aquí un poco como pez fuera del agua y no conviene que nos movamos demasiado. Por otra parte, es de suponer que los del país ya están buscando a Margarita Benítez de Mendieta.

—Puesto que ella se oculta, el pensamiento general debe ser de que también ha tomado parte, de un modo u otro, en el complot.

—No forzosamente.

—Bueno, eso es lo que pensamos nosotros, que podemos comprender cualquier clase de miedo en cualquier persona. Es posible que Margarita Benítez pueda estar escondida por un simple, sencillo miedo poco razonado. Pero para los del país esa incomparecencia es acusadora. De todos modos no hay que desdeñar la posible información que la tal Margarita tenga sobre este asunto.

—Por supuesto que no. Pero de momento nos ocuparemos de otras personas que, al parecer, están más relacionadas con el caso. ¿Este… guapo muchacho es el capitán César Barea? —señaló una de las fotografías.

—Sí. Lo he visto en persona. Es mucho más guano aún en la realidad.

—Mejor para él —sonrió Nora—. ¿Dónde lo ha visto?

—En la salida de las audiencias del Gobierno Militar. Ahora mismo está allí, como uno de los principales componentes del grupo militar acusador. Sérvulo Mendieta no debe estar pasándolo nada bien. Aunque quizá estoy equivocado: a fin de cuentas, él está diciendo todo lo que sabe sin esperar a que recurran a malos modos.

—Habrá llegado a la comprensible conclusión de que si no lo dice por las buenas tendría que decirlo por las malas. Ustedes llenaron a Marina casi un día antes que yo. Simón, y supongo que ya han pulsado el ambiente… ¿Qué me dice en ese sentido?

—No hay ya la menor duda de que el general Carrasco Nogales será elegido presidente.

—Claro. El vicepresidente actual, Honorio Migueles, ni siquiera se molestó en presentar su candidatura. Y López-Villegas está en prisión, así que…

—¿Lo ha visto? A López-Villegas, claro.

—Sí.

—¿Qué le ha parecido?

Nora Tisdale sonrió.

—Es inteligente.

—Bueno, yo me refiero…

—Es inteligente —insistió ella—. Y, por lo tanto, parece impropio de él preparar un complot semejante. Me inclino a creer que no ha tenido nada que ver con el asunto. Pero… No sé. Ya hace tiempo que aprendí que cada mente tiene millones de recovecos, de recursos, de ideas. Además está el hecho de que se haya mencionado a la CIA. Ignoro qué ciase de plan puede tramar una persona para sorprender a otras.

—Supongo que está tratando de decirme que López-Villegas puede ser astutísimo y haber preparado algo que nadie es capaz de sospechar siquiera.

—Exactamente. Pero también las cosas pueden ser tan simples como parecen. De todos modos estudiaremos las tres teorías.

—¿Las qué?

—Las tres teorías —volvió a sonreír Nora—. Una: que todo es como parece y el doctor López-Villegas es culpable aunque se niega a admitirlo. Dos: que sea una astuta jugada del general Carrasco Nogales para desprestigiar a López-Villegas, que tenía más

probabilidades de ser elegido presidente. Tres: que alguien ajeno a esos dos personajes esté haciendo una jugada diferente, utilizando estos hechos con fines por ahora imprevisibles.

—¿Los rusos?

Nora Tisdale frunció el ceño y quedó pensativa. Susurró:

—No lo sé. Que yo sepa, Gran Caribe no es país susceptible al comunismo. Tampoco al imperialismo. Más bien, resulta un país… apolítico, que sólo quiere vivir en paz. Pero un hombre no es un país entero.

—¿Qué quiere decir?

—Que un hombre al mando de un país puede tener ideas personales distintas a las de todo el país.

—Eso implica que usted piensa que tanto López-Villegas como Carrasco Nogales pueden tener su propio juego particular.

Nora Tisdale sonrió de un modo que intrigó a Simón. Este fue a hacer una pregunta, pero ella se adelantó:

—¿Vive el capitán César Barea en algún cuartel o tiene domicilio privado?

—Tiene domicilio privado. Pero aún no sabemos cómo vive. Esta tarde estaremos al corriente. ¿La aviso?

—No… Yo llamaré si necesito esa clase de información. Supongo que lo demás está en estos papeles.

—Sí. Las direcciones y teléfonos de todos. Cada dirección tiene un indicativo que se repite en el plano y en el mapa para que usted lo localice todo en seguida.

Nora asintió con la cabeza y durante cinco minutos estuvo mirando las fotografías, los folios escritos a mano, los trozos de plano de la ciudad y el mapa completo, el mapa de la provincia… Por fin, lo devolvió todo a Simón.

—Destrúyalo. Y ahora, vamos a la pregunta más interesante: ¿ha averiguado ya cómo supo el capitán César Barea dónde estaba secuestrado el general Carrasco Nogales?

—Sí. Ha sido una explicación que forzosamente ha tenido que facilitar a la prensa, por fin. Dice que un campesino fue a verlo para decirle que en la vieja choza abandonada estaba ocurriendo algo raro. Esa fue la pista.

—Qué bien —sonrió Nora—. ¿Quién es ese campesino?

—El capitán Barea se niega a decirlo, a petición del propio

campesino.

—Ah. Vaya, vaya… ¡Qué campesino tan prudente y discreto!

—Por lo menos, prudente —encogió los hombros Simón—. ¡Vaya usted a saber el miedo que debe tener ese hombre!

—Miedo… ¿a qué?

—Puede pensar que posibles partidarios de López-Villegas lo maten si saben quién es él.

—Ah, claro, ya… Sí, es una posibilidad.

—Hablando de posibilidades, se me ha ocurrido que… Bueno, no quiero que piense que me las doy de listo…

—No sea tonto —rió ella—. Los peores pensamientos son los que no se tienen. ¿Qué ha pensado?

—Pues… Bueno, supongamos que eso del campesino que vio algo raro en la choza es cierto. Entonces ya no podríamos sospechar, como lo estamos haciendo, que todo puede ser una jugada del propio Carrasco Nogales… ¿Verdad?

—Verdad.

—En tal caso, si ese campesino no hubiese avisado al capitán Barea, es posible que el general Carrasco hubiese sido ya asesinado.

—Admitido.

—Y supongamos ahora que más adelante, muy pronto, se hubiese encontrado, de todos modos, una pista que acusase a López-Villegas.

—Supuesto.

—Entonces, tendríamos muerto a Carrasco Nogales y preso a López-Villegas. Es decir que…

—Es decir que sólo quedaría un hombre, al parecer, capaz de ocupar la presidencia del país, por el momento: Honorio Migueles, el vicepresidente que está presidiendo ahora. ¿No es eso?

—Sí —masculló Simón—. Debí suponer que usted había pensado en eso.

—He pensado más aún —sonrió Nora—. ¿Qué opina usted de la sospecha de que Carrasco Nogales y López-Villegas estén de acuerdo en todo esto?

Simón quedó boquiabierto.

—¿Cómo? —pudo mascullar.

—Tonterías mías. Creo que no debemos complicamos tanto la vida. Y recuerden que no deben llamarme a menos que sea en

verdad urgente. Yo les iré llamando a ustedes.

—Está bien. Oiga, eso que ha dicho respecto a un posible acuerdo entre esos dos hombres, a un posible plan en común, pues… no está nada mal.

—Ya le he dicho que los peores pensamientos son los que no se tienen. Porque no tener pensamientos significa tener la cabeza vacía, Simón. Espero —miró su relojito— llegar a tiempo para ver salir del Gobierno Militar a Sérvulo Mendieta. Supongo que estará bien custodiado por fuerzas militares, y que le estará esperando un coche del penal…

—Sí, naturalmente. Bien, adiós —Simón salió del coche pero metió la cabeza en seguida por la ventanilla—. Una última pregunta: ¿usted es así o no es así?

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que estoy viendo una jovencita rubia, de ojos verdes, y…

—Ah… No, no —rió Nora—: soy de otra manera. Ni mis cabellos son rubios, ni mis ojos verdes. Pero —guiñó un ojo— soy una auténtica maestra en esto de disfrazarme.

Puso el coche en marcha y Simón se enderezó estupefacto. Cuando el coche de Nora Tisdale regresaba hacia la carretera, reaccionó y farfulló:

—Por el simple hecho de que ella intervenga en esto, alguien tendrá que lamentarlo. Alguien que se lo está mereciendo, desde luego.

Me gustaría saber cómo empieza su trabajo ella en Marina…

Detuvo el coche a dos calles de la Plaza del Gobierno, ya que en ésta era imposible estacionar en aquellos momentos. Luego, a pie, regresó hacia la plaza, cruzándola por el centro, sonriendo mientras miraba el cielo azul, las flores, las palmeras, el surtidor del centro… Era un lugar amplio, agradable. Había niños, mujeres y ancianos; jugando los primeros, charlando las segundas, tomando el sol los últimos, en grupos.

Cuando salió de la parte ajardinada, casi tropezó con uno de aquellos ancianos que, a solas, de pie enfrente del gran edificio del Gobierno Militar, se dedicaba a esperar, con una cámara tomavistas colgada del cuello.

—Perdón —pidió Nora.

—No es nada —sonrió el anciano.

Nora parpadeó. Era un anciano alto y apuesto, muy bien vestido, con gran corrección. Cabellos blancos, recia mandíbula, rostro bronceadísimo y unos ojos de expresión inteligentísima, gris claro, que destacaban extraordinariamente. Al seguir su camino hacia el Gobierno Militar, la señorita Tisdale pensó:

«Admirable anciano. Lo menos tiene… sesenta y cinco años. Supongo que Uno será así cuando tenga su edad, pero, ¿cómo seré yo?

»Santo Dios, una mujer de sesenta y cinco años es… toda una anciana, supongo. Y si Uno se conserva como ese hombre…, ¡estoy perdida! Me veré arrugadita y pachucha… y saldrá a buscar alguna jovencita. Me pregunto si tendré derecho a reprocharle eso».

Tuvo que apresurar el paso para escapar de los coches que rodaban por aquel lado de la plaza, pero aún pudo oír la exclamación de uno de los conductores, aullando, la cabeza fuera de la ventanilla:

—¡Viva tu madre, negra!

Sonriendo, subió a la amplísima acera donde se agolpaban cientos de curiosos, esperando la salida de Sérvulo Mendieta. Había muchos periodistas, por supuesto; la mayor parte de ellos gráficos, cámaras listas para entrar en funcionamiento. Un coche celular de Penal Caribe esperaba con cuatro centinelas al lado. Junto al coche celular, dos *jeeps* del Ejército, con soldados. Al otro lado del edificio, tres *jeeps* más, llenos de soldados…

Alzó la cabeza al oír el inconfundible zumbido de un helicóptero, que apareció en seguida sobre la plaza, procedente del mar que se veía al fondo; azul como el mismo cielo… El helicóptero pasó a buena velocidad y se perdió hacia el interior.

Reapareció tres minutos más tarde, volando ahora hacia el mar. Nora Tisdale frunció el ceño.

Cinco minutos más tarde, el helicóptero volvió, pero ya no fue hacia el interior, sino qué fue a posarse en la azotea de un cercano edificio, destinado a oficinas comerciales. Nora Tisdale entornó los ojos mirando hacia el aparato que sólo podía ver ahora parcialmente. Miró su relojito, miró hacia la puerta del Gobierno Militar… Y volvió a mirar hacia el helicóptero.

Durante un par de minutos estuvo vacilando. Por fin se volvió y

comenzó a abrirse paso entre la gente que había llegado después que ella, formando una gran masa de curiosos. Desbordó el semicírculo espeso de seres humanos, llegó al borde de la acera y volvió a mirar hacia el tejado donde estaba el helicóptero…

Y estaba ya cruzando la calle cuando oyó el rumor ante el Gobierno Militar. Los soldados habían saltado de los *jeeps* y, dirigidos por un oficial, formaban cordón, alejando más a los curiosos. El coche celular se estaba moviendo hacia la puerta del enorme edificio, del cual salían ya varios hombres.

Disgustada, volvió a dar media vuelta, regresando hacia el Gobierno Militar. Se veían ya cascos de soldados por todas partes controlando la masa de curiosos. Un rumor más fuerte brotó de la multitud. Un rumor furioso, iracundo. Comenzaron a oírse gritos de «Perro», «Traidor», «Asesino», «¡Muera!»…

Como pudo, sacó la cámara del maletín y se fue abriendo paso Como pudo, comprendiendo que Sérvulo Mendieta estaba a la vista, caminando hacia el coche celular.

De pronto, sólo durante una fracción de segundo, el extraño silencio. En seguida, una tempestad de gritos, exclamaciones, órdenes militares, alaridos… La multitud se movió como una gigantesca ola, retrocediendo y volviendo a avanzar…

—¡Lo han matado! —Oyó.

—¡Está muerto!

Nora Tisdale se mordió los labios. Por instinto, volvió la cabeza, alzándola hacia el tejado del edificio de oficinas comerciales: el helicóptero se ponía de nuevo en marcha, sus aspas giraban… A codazos, sin la menor consideración, Nora volvió sobre sus pasos de nuevo, rompió el cerco y quedó tambaleante al borde de la acera, mirando hacia arriba, hacia el helicóptero que se alejaba elevándose… Alzó su cámara fotográfica, pero, disgustada, la bajó en seguida: sólo conseguiría fotografiar una pequeña cosa brillante.

Se volvió hacia la plaza, muy abiertos los ojos. En efecto, el apuesto anciano estaba filmando con su cámara en dirección al helicóptero. Con una exclamación de alegría, Nora Tisdale se lanzó hacia el centro de la plaza, sorteando vehículos. Cuando terminó de cruzar, el anciano había dejado de filmar y se alejaba mientras las demás personas se agolpaban allí, mirando hacia el edificio del Gobierno Militar. Sin vacilar, Nora corrió en pos del anciano, lo

alcanzó y le sujetó por una manga.

—Señor…

El hombre se volvió y la miró amablemente.

—¿Sí, señorita?

—Perdóneme, soy periodista y he… visto cómo usted tomaba película sobre aquel helicóptero… ¿Es así?

—En efecto.

—Bien… Quisiera comprarle esa película.

—No me dedico a esas cosas —volvió a sonreír el apuesto y atractivo anciano.

—Sí, sí… Bueno, entiendo… Pero me gustaría comprarle esa película. Ya le he dicho que soy periodista, y…

—La comprendo muy bien, señorita. No creo que pueda verse nada interesante en mi película, pero supongo que un periódico o los noticieros de televisión sentirían gran interés por ella. Aunque aún hay gente de allá —señaló hacia el Gobierno Militar— que todavía no han comprendido lo que ocurre, lo cierto es que han matado a Sérvulo Mendieta. Y muy probablemente, ha sido desde el helicóptero, disparando con un rifle con silenciador o algo parecido… ¿No le parece?

—Sí. Así creo que ha sucedido —sonrió Nora.

—Bien… En ese caso, no dudo que mi película alcanzará una cotización poco menos que fabulosa.

—Entiendo —sonrió de nuevo Nora—. Y no era mi intención estafarle. ¿Cuánto quiere por la película?

—Pues… ninguna oferta es buena ni mala, Hay que comparar varias para saber cuál es la mejor.

—Estoy segura de que mi periódico aceptará su precio. Es más, yo misma puedo pagarle ahora cinco mil dólares por ella.

—No está mal —sonrió el anciano—. Lo tendré en cuenta. ¿Dónde puedo llamarla para darle mi respuesta?

—Diez mil dólares ahora mismo.

—Lo pensaré. ¿Cuál es su número de teléfono?

—Puedo darle diez mil dólares en efectivo y un cheque por otros diez mil.

—¡Veinte mil dólares…! Estoy aturdido… ¿Está hablando en serio?

—Completamente.

—Bien… No sé. Me gustaría tener primero una copia para mí. Pero veinte mil dólares es mucho dinero, claro. Sucede que soy un poco… excéntrico, sin embargo. Si me dice dónde puedo llamarla, le daré mi respuesta dentro de unas horas. Es mi última palabra.

—Señorita Tisdale, «Hotel Embajadores». Pero…

—La llamaré —sonrió el anciano—. Buenos días, señorita.

El hombre volvió a alzar el blanco sombrero y salió de la plaza cruzando la calzada hacia el estacionamiento de coches. Se metió en uno, mientras Nora Tisdale, irritada, miraba a todos lados en busca de un taxi… que no aparecía. Se fijó en la matrícula del coche del anciano cuando ya se alejaba. Luego, disgustada, regresó hacia el Gobierno Militar, donde los soldados habían alejado al personal civil, formando un cordón que ya no admitía la menor penetración. El coche celular ocultaba a las personas que habían salido del Gobierno Militar, así que era inútil intentar ver nada.

«Y por otra parte —pensó—, ¿qué es lo que puedo ver? ¿Un hombre muerto de un balazo? ¡Ya he visto demasiados!».

Regresó a su coche, se cerró dentro y sacó del maletín un paquete de cigarrillos, tirando de uno de ellos.

—¿Simón? —musitó.

Silencio.

Bruscamente pálida, la señorita Tisdale bajó el cigarrillo, volvió a subirlo, e insistió:

—¿Simón?

Silencio absoluto.

De nuevo bajó el cigarrillo y quedó con el paquete en la mano, muy abiertos los ojos, con expresión de espanto… Todavía estaba así segundos después cuando el paquete de cigarrillos emitió un zumbido. Lanzó una exclamación de alegría y volvió a alzar el cigarrillo.

—¿Simón? —Casi gritó.

—Sí. He oído sus dos llamadas antes, pero no podía contestar, lo siento.

—No importa —suspiró Nora—. No importa, de veras. Temí que…

—Yo estoy bien. Pero Mendieta no. ¿Lo ha visto?

—¿A Mendieta? No. ¿Y usted?

—Sí. Llegué algo después que usted, pero soy más alto… y más

bruto, así que pude colocarme en primera fila: le han metido un plomo grande como una bala de cañón en el centro del pecho. Parecía un muñeco bajo un huracán… Estoy seguro de que ha muerto en el acto.

—Sí… No creo que hayan utilizado a un asesino torpe, desde luego. ¿Ha visto el helicóptero?

—Claro. La verdad es que no me gustó nada su presencia, pero preferí…

—Es posible que tengamos una película de ese helicóptero, Simón. Y ampliando algunos cuadros, quizá podamos ver el rostro del asesino. Es sólo una posibilidad.

—¿Pudo tomar una película? ¡Estupendo! Buscaré un buen laboratorio donde…

—Todavía no tengo la película. Ahora debo irme a mi hotel para esperar una posible llamada. Mientras tanto comunique a los demás que deben dedicarse todos a buscar un coche cuya matrícula es «Ma-35 67 R». Quiero saber quién es el propietario y dónde vive. Y con la máxima urgencia, Simón.

—Nos ocuparemos de eso.

—Otra cosa. Cuando terminen con eso del coche, vean de obtener la máxima información posible sobre unos hombres, cuatro en concreto. Héctor Sánchez, Lucas Orozco, Ginés Medrano… y Eloy Salvatierra.

—¿Quiénes son?

—Eso es lo que quiero saber. Encontrarán sus nombres en el directorio telefónico de Marina.

—*Okay*. ¿Algo más?

—No. Hasta luego.

Capítulo III

Bip-bip-bip-bip…

El zumbido intermitente llegó a oídos de Nora Tisdale, que se sentó en la cama y al mismo tiempo que miraba su relojito admitía la llamada en la radio de bolsillo. Eran las cinco y veinte minutos de una soleada, espléndida tarde.

—¿Sí?

—Soy yo —dijo Simón—. Tengo un montón de informes para usted.

—Adelante.

—Respecto a los cuatro hombres que mencionó, ha sido fácil saber cosas de ellos. Veamos… Héctor Sánchez fue secretario del ministro del Interior de este país. Eloy Salvatierra está retirado, pero fue hasta hace dos años cónsul del Gran Caribe en Estados Unidos. Lucas Orozco es un industrial cargado de millones. Ginés Medrano fue hasta hace unos meses consejero militar del Consejo Superior del Ejército.

—Vaya… No se puede decir que sean personas de escaso relieve, según parece. ¿A qué se dedican ahora?

—Lucas Orozco sigue con sus industrias. Los demás viven de su retiro, más o menos modestamente; al parecer no estaban muy de acuerdo con el modo de gobernar del fallecido presidente Martínez, así que presentaron su dimisión y viven al sol, tan tranquilos. Eso es todo, pero si quiere que investiguemos más a fondo…

—Por ahora, no. ¿Qué se dice de ellos?

—Si alguna vez me retiro, me gustaría que hablasen así de mí.

—Entiendo. ¿Es que no piensa retirarse usted algún día?

—Oh, sí. Me gustaría… La cuestión es saber si alguien no va a retirarme antes.

—No sea agorero —refunfuñó Nora Tisdale—. ¿Qué hay del coche matrícula «Ma-35 67 R»?

—Pertenece a don Agapito Echegoyen; Avenida del Palmar, doscientos dieciséis, Ciudad Marina. Eso es una zona residencial situada al Norte de la capital, en la playa.

—Buen trabajo, Simón. Espléndido.

—Gracias. ¿Qué hacemos ahora?

—Mmm… ¿Qué tal si se dedican a buscar, por fin, a Margarita Benítez de Mendieta?

—*Okay*. He pensado que es muy posible que ella aparezca ahora que han asesinado a su marido. ¿Qué le parece?

—Podría ser, aunque me gustaría que nosotros la encontrásemos antes. Estoy segura de que ella sabe algo de todo esto. Y si aparece, hay dos peligros. Uno, que jamás nos dejen llegar a hablar con esa mujer. Dos, que la eliminen antes de que pueda decir nada, como han hecho con su marido.

—Caracoles… La buscaremos. ¿Qué está usted haciendo?

—Dormía la siesta. Pero ya tengo algo en que ocuparme. Le llamaré cuando convenga, Simón.

—Adiós.

—Adiós.

Cerró la radio, se metió en el cuarto de baño y se duchó con agua fría. El calor era todavía tremendo.

Hacia las seis de la tarde, salía del «Hotel Embajadores», ignorando las desorbitadas miradas de admiración de los demás clientes que ocupaban el vestíbulo. Se metió en su coche, consultó el plano de la ciudad, asintió con la cabeza y puso el vehículo en marcha.

En verdad sorprendida, volvió a mirar el número escrito en uno de los pilares de rojo ladrillo que sostenían la verja de entrada a la formidable villa sita delante mismo de la playa. Sí: era el número 216, no cabía duda. Dos-uno-seis.

A través de los barrotes miró hacia la casa, blanca y roja, preciosa, no demasiado grande, pero maravillosamente rodeada de jardín. Había piscina, zona para tomar el sol sobre la hierba, parasoles de colores, altas palmeras… Unas cuantas gaviotas pasaron, procedentes del interior, hacia el mar, graznando aburridamente una de ellas.

«Desde luego —pensó la señorita Tisdale—, es absurdo vivir en

Alaska pudiendo hacerlo en un sitio como éste».

Sonriendo, se apeó del coche y apretó el botón del timbre. No oyó nada, pero a los pocos segundos un criado salió de la casa y poco después se detenía ante las verjas.

—Diga, señorita.

—Me llamo Nora Tisdale. El señor Echegoyen me está esperando.

El criado alzó las cejas. Pero se mostró muy cortés. Abrió la verja, ella entró, llevó el coche hasta delante de la casa y volvió a apearse. El criado llegó, entraron ambos en la casa y Nora fue conducida a un saloncito amueblado con buen gusto, muy a estilo tropical: había un enorme ventanal que daba al jardín, delante mismo de la piscina.

—Avisaré al señor de su visita. Por favor, siéntese.

—Gracias.

No se sentó. Encendió un cigarrillo y se colocó ante el ventanal, mirando sonriente hacia el mar, el cielo, las palmeras, las gaviotas…

—¿Puedo decirle que estoy… gratamente sorprendido? —Oyó tras ella poco después.

Se volvió, todavía sonriendo. El anciano de los blancos cabellos y porte de atleta estaba en el saloncito, mirándola con gran amabilidad. Llevaba pantalones blancos, sandalias y una camisa de colores; pañuelo azul al cuello.

—¿Cómo está, don Agapito? —Casi rió acercándose a él con la mano tendida.

Don Agapito Echegoyen aceptó la mano, sonriendo.

—Ya he dicho que gratamente sorprendido. Y encantado, esa es la verdad. ¿Cómo ha podido encontrarme?

—Recursos de periodista. Me comprenderá mejor si le digo que me fijé en la matrícula de su coche.

—Ah… Sí, comprendo, desde luego. Hubiese enviado a por usted dentro de unos minutos.

—¿De veras? ¿Eso significa que acepta mi oferta?

—Si ha traído de verdad el dinero y el cheque, sí.

—Lo he traído.

—En ese caso, vayamos a mi despacho… Este no es lugar para hablar de negocios.

—¿Para qué le parece bueno este lugar?

—Para vivir envejeciendo. ¿Le gusta la música?

—Casi diría que por encima de todo.

—Estupendo. Si no me guarda rencor por ser tan codicioso, me agradaría invitarla a escuchar música cualquier tarde.

—Es usted muy amable. Pero antes quisiera terminar nuestro pequeño trato.

Don Agapito se inclinó, señalando la puerta. Salieron del saloncito, cruzaron el vestíbulo y entraron en el despacho. Nora Tisdale sé sentó en un sillón, abrió el maletín, sacó del doble fondo diez mil dólares en billetes de cien y un talonario, ante la impávida mirada de Agapito Echegoyen, y tras colocarse el maletín sobre las rodillas, sentada en un sillón, firmó el cheque. Tendió éste y el dinero al apuesto anciano, que lo tomó sonriendo. A los billetes apenas les concedió una mirada, pero examinó con evidente curiosidad el cheque.

—Banco suizo… —murmuró—. Y sin firma. Sólo clave.

—Le aseguro que ese papel vale diez mil dólares, señor.

—No lo dudo. Tiene usted una clave-firma muy original. En realidad, toda usted es… original. Un poco… extraordinaria, ¿no le parece?

—Sólo soy una buena periodista, señor Echegoyen.

Este sonrió. Pasó detrás de su mesa, apartó un cuadro de la pared y dejó al descubierto una pequeña caja fuerte. La abrió rápidamente, metió dentro el dinero y el cheque y volvió a cerrar. Tras colocar el cuadro en su sitio, miró a la sonriente señorita Tisdale.

—Todavía tengo que recoger la película y prepararlo todo para una nueva proyección… —dijo—. Como comprenderá, por veinte mil dólares, usted tiene derecho al mejor… servicio. Quisiera mostrarle su compra y aclararle cualquier detalle que usted considere conveniente.

—Me parece espléndido.

—Bien. ¿Le importa esperar ocho o diez minutos?

—En absoluto.

Echegoyen salió del despacho, dejando sola a Nora, que continuaba sonriendo. Durante dos minutos permaneció inmóvil. Luego, miró a todos lados, sin gran interés. Por último, se puso en

pie, pasó tras la mesa y apartó el cuadro. Se quedó mirando la gruesa puerta de la caja fuerte, sonriendo irónica. Puso los deditos en el metálico pomo y comenzó a girar… Su finísimo oído captaba el rumor del disco de la combinación, desplazando las bolitas… Tardó justo dieciocho segundos en abrir la puerta. Es decir, el tiempo que habría tardado sabiendo la combinación. Sacó el dinero y el cheque que acababa de pagar, papeles, llaves, una pistola… Lo fue dejando todo encima de la mesa, inalterable, sin el menor signo de nerviosismo. Dedicó unos segundos a examinar el pasaporte, a nombre de Agapito Echegoyen Ruisalto, natural de Corcoran, Gran Caribe, nacido el 7 de abril de 1908… Fruncido el ceño, dejó el pasaporte y miró las demás cosas. Por su expresión era fácil comprender que nada de allí le llamaba la atención.

Entonces, volvió a la caja, y miró su interior, vacío. De nuevo se frunció su ceño. Metió dentro las manos y fue palpando las metálicas paredes con todo cuidado… «Clic», oyó. Y una pequeña sección del piso de la caja se alzó. Metió con cuidado dos dedos y sacó otro pasaporte; luego, un asombroso fajo de billetes de mil dólares… Por lo menos, doscientos mil dólares.

Abrió el pasaporte tras volver a dejar el dinero… Y una seca sonrisa apareció en sus labios. Dejó el pasaporte sobre la mesa, fue a su maletín, sacó el encendedor de platino con brillantes y volvió junto a la mesa; colocó el pasaporte abierto bajo la luz de la pantalla, lo apuntó con el encendedor…

Tic. Tic. Tic.

Un minuto después, estaba sentada en el mismo sillón, con un libro tomado de la biblioteca en las manos. Lo bajó cuando oyó las pisadas y miró expectante a Echegoyen, que llegaba cargado con un proyector, una caja metálica redonda y una pantalla plegable.

—Perdóneme… —dijo él—. He ido todo lo de prisa posible.

—No se preocupe. Pero, señor Echegoyen, no ha debido molestarse tanto. Yo misma…

—Por favor, por favor… Veinte mil dólares es mucho dinero, así que usted tiene derecho al mejor servicio.

Poco después, tras haber dejado el despacho a oscuras, Echegoyen comenzaba la proyección. En realidad, era bien simple. Primero, se veía pasar el helicóptero hacia el Norte. Luego, hacia el mar. De nuevo aparecía y se posaba sobre el tejado del edificio de

oficinas comerciales. Las aspas dejaban de girar. Durante tres minutos no pasaba nada. Luego aparecía un tubo brillante por un lado de la redonda carlinga. Unos segundos de espera y se veía una ligerísima nubecilla de humo. El tubo desaparecía, las aspas volvían a girar. El helicóptero se elevaba girando, de modo que pudo verse de lado, mostrando la figura del piloto de cintura para arriba… Pero la película era en colores y el sol parecía haber entrado como un estallido tornasolado en la pequeña carlinga, produciendo miles de reflejos, de modo que no parecía posible identificar al piloto; es decir, ni siquiera se le veía la cara más que como un perfil oscuro. El helicóptero ascendió con rapidez… y la película terminó.

—¿Eso es todo? —murmuró Nora.

—Supongo que le parece poco por tanto dinero.

—Bueno, francamente, señor Echegoyen…

—Le voy a enseñar las ampliaciones.

—¿Qué ampliaciones?

Echegoyen abrió la caja metálica redonda y sacó varias fotografías, también en colores.

Las tendió a Nora, que las tomo con gran interés. Al principio, no supo de qué se trataba. Luego, diferenció el montante de la carlinga, una forma dentro… Un instante después, su mirada quedaba fija en una especie de mancha blanca y amarilla sobre el volante del helicóptero…

—Si no me equivoco —murmuró—, esto es la mano del piloto, señor Echegoyen.

—En efecto. La he repetido tres veces. Hay algo curioso en esa mano, me parece a mí.

—¿Curioso? Bueno… Yo diría que la mancha blanca es un… guante, ¿no? Sí… Es un guante blanco con algo amarillo bordado, o grabado… No se distingue bien.

—Caramba —refunfuñó don Agapito—. ¡Todo tiene su límite, señorita Tisdale!

—Sí, por supuesto —sonrió ella—. La verdad es que el trabajo en sí me parece óptimo. Pero no hay que pedir imposibles. ¿Y estas otras ampliaciones…?

Las miró. En seguida comprendió que eran del tubo que salía por un lado de la carlinga. Un tubo muy especial, por supuesto: en la punta se veía un largo cilindro de mayor diámetro… Un formidable

silenciador.

Nora Tisdale abrió su maletín, guardó en él las fotografías ampliadas y la película, lo cerró y miró socarronamente a Echegoyen.

—Es usted un hombre… extraordinario, don Agapito.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Oh, vamos… Dígame: ¿a qué se dedica usted?

—A vivir. A agonizar lentamente… y en paz.

—Yo diría que aún le quedan muchos años de vida. Pero repetiré mi pregunta, de modo más concreto: ¿cuál es su profesión?

—Estoy retirado. Me dedico a pasear, tomar el sol, nadar… También estoy escribiendo un libro sobre la fauna y flora de Gran Caribe. A mi edad…

—¿A qué se dedicaba antes de retirarse? —rió Nora.

—Era actor de profesión y fotógrafo de afición.

—Actor… Muy interesante. Le diré una cosa: si actuaba usted tan bien como realiza sus fotografías y películas, imagino que debió ganar mucho dinero.

—Menos del que debiera, pero…, vaya, no me quejo. Tampoco pedía mucho más: un lugar apacible al sol, tranquilidad y buena música.

—Me alegro de que lo haya conseguido. Adiós, señor Echegoyen.

—¿No quiere tomar algo? Tengo…

—Se lo agradezco, pero comprenderá que no he hecho gastar veinte mil dólares a mi periódico para luego dedicarme a charlar en lugar de trabajar. Voy a estar muy ocupada.

—Sí, claro… Lo entiendo. ¿Volverá alguna tarde a escuchar música? Usted es no sólo muy hermosa, sino simpática, cordial… Supongo que no va a pensar que estoy haciendo el ridículo intentando flirtear con usted, señorita Tisdale.

—¿Por qué no? —rió ella.

—Eso ya pasó para mí —se iluminó el rostro de Echegoyen con una franca sonrisa—. Cada cosa a su tiempo. Un hombre no puede gozar la vida igual a los veinte años que a los cuarenta o a los sesenta. Cada cosa a su tiempo; cada tiempo, una cosa.

Nora Tisdale rió una vez más, tendiendo su diestra.

—Adiós, señor Echegoyen. Le prometo volver en cuanto me sea posible. Ah, una cosa: yo tengo la exclusiva de esta película y las

fotografías.

—Naturalmente. La acompañaré a la puerta.

Poco después, Agapito Echegoyen regresaba al despacho. Se dirigió directo a la caja fuerte, la abrió y sonrió al contemplar su contenido, que no estaba exactamente como él lo había dejado. Sí estaba todo, incluido el cheque y los veinte mil dólares, pero sin lugar a dudas habían sido movidos de sitio.

—Es fantástico… —musitó—. Me pregunto si no estoy intentando engañarme a mí mismo, para tranquilizarme; desde luego, si no es ella, tendré que hacer algo… Hacer, ¿qué cosa? ¿Avisarlos? No, no, no… Nada de más líos, ya no más… ¡Ojalá esa chica sea ella!

Ella detuvo el coche en el Paseo del Mar, en el estacionamiento destinado a los socios del Club de Yates, y en seguida Simón salió del suyo, fue allí y se sentó a su lado, mirándola con cierta expresión de alarma.

—¿Qué ocurre? —exclamó—. ¿Por qué ha llamado?

—Tranquilícese —sonrió ella—. Como comprenderá, si le he llamado ha sido porque no podía resolver la cuestión por medio de la radio. ¿Cómo va la búsqueda de Margarita Benítez?

—Mal. Bueno, apenas hemos empezado, claro… ¿Va usted a dedicarse a eso también?

—Por el momento, no. Tenga. Es una película que quiero que vean ustedes cuatro. En tecnicolor, nada menos.

—Espero que no sea pornográfica.

—Detesto esas cosas —rió divertida Nora—. Es la película que refleja toda la acción del helicóptero desde el cual dispararon contra Sérvulo Mendieta.

—¡Caracoles!

—Es una película formidable. Ni nosotros mismos la hubiésemos hecho mejor. En este estuche —tendió la lata redonda— hay varias ampliaciones. Tanto éstas como la película quiero que ustedes las estudien con atención. Vean si pueden sacar algo en claro del helicóptero, del tipo de arma usada, del perfil del piloto, de los guantes de las ampliaciones… En fin, sabe.

—Haremos lo posible. Entonces…, ¿dejamos de buscar a esa Margarita?

—Lo van a aplazar el tiempo necesario para intentar sacar algo

en claro de la película. Es posible que identifiquen el tipo de helicóptero que, para mí, es norteamericano. Asimismo, una vez identificado y bien conocido por ustedes, deberán darse una vuelta por lugares donde puedan encontrarse helicópteros. Ya supongo que no lo tendrán en un aeródromo, sino oculto, pero… no tenemos otra cosa.

—Entiendo. ¿De dónde ha sacado esta película?

—Me la ha vendido don Agapito Echegoyen por veinte mil dólares.

—¡Ca… ray! —Hizo chascar los dedos Simón—. ¡Veinte mil dólares!

—Espero no tener que reclamárselos —sonrió duramente Nora —, cosa que supongo no perjudicaría demasiado a un hombre que ya tiene una hermosa casa frente al mar y doscientos mil dólares en su caja fuerte.

—¿Cómo sabe usted eso? —exclamó Simón.

—Abrí la caja. Por cierto, que tomé tres microfotos que quiero que ustedes revelen. Las microfotos, en total, son cinco. Dos de ellas de nuestro desconcertante Agapito Echegoyen —quedó pensativa unos segundos—. Es decir, él no es desconcertante, sino su… participación en esto. Es absurdo que me haya proporcionado a mí la película, por mucho dinero que le pagase por ella.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Lo comprenderá cuando revelen y amplíen las microfotos… Los estoy moviendo sin descanso, ¿verdad, Simón?

—¿Se refiere a nosotros, a los Simones?

—Claro. No descansan, no duermen…

—*Madame* —sonrió Simón—: cuando nos dijeron que teníamos que venir a este país para esperar llamada por radio de Baby y ponernos a sus órdenes, estuvimos media hora dándonos abrazos de alegría. Querida mía, usted parece no darse cuenta todavía de lo que significa para cualquiera de nosotros colaborar con usted.

—¿Qué significa?

—Demonios, está bien claro: trabajar sobre seguro y, si algo fuese mal, dar el pellejo por usted. Mientras tanto, puede estar dándonos órdenes hasta que se canse. Sepa que si nos tuviera como tontos, sin hacer nada, la odiaríamos.

Nora Tisdale se echó a reír y palmeó con cariño una mano a

Simón.

—De acuerdo —aceptó—. Vayan a revelar esas microfotos, vean la película, etcétera. Pero, por favor, no me llamen ni se sobresalten cuando vean las microfotos. Veamos si recuerdo la dirección del capitán César Barea: ¿calle Almansa, ciento catorce?

—Sí, esa es. ¿Piensa ir allá?

—Está en proyecto. Pero iré de noche.

—¿Con qué objeto?

—¿Le parece poco importante para una periodista hacer una entrevista personalísima a un héroe?

—Ya. Pero tenga cuidado con sus preguntas… Ese capitán Barea no debe ser tonto.

—Yo tampoco.

Volvieron a reír los dos. Simón se volvió hacia la portezuela, pero giró de nuevo hacia la bellísima Nora.

—¿Qué va a hacer mientras llega el momento de visitar al capitán Barea?

—Mataré el tiempo visitando al general Carrasco Nogales en su quinta.

Simón quedó estupefacto unos segundos.

—¿Está bromeando? ¡No la recibirá! No recibe a nadie. Tiene anunciada una rueda de prensa para mañana, pero antes no…

—¿Qué se apuesta a que el general me recibe, Simón?

El espía frunció el ceño y entornó los ojos, que quedaron fijos en los verdes de Nora Tisdale. Por fin, movió negativamente la cabeza.

—Ni un centavo —masculló—: no gano mi dinero con riesgo de la vida para perderlo luego en apuestas tontas… Si usted dice que el general Carrasco Nogales la recibirá, pues… todo está dicho: la recibirá.

Capítulo IV

—El general la va a recibir de inmediato, señorita Tisdale.

—Muchas gracias, comandante.

Este se inclinó y señaló hacia un corto y ancho pasillo que desembocaba en el gran vestíbulo de la residencia privada.

—Por aquí, por favor.

—¿Debo hacer alguna inclinación o reverencia especial…?

—Al general no le gustan los detalles de esa clase: trátelo con naturalidad, eso es todo.

—Menos mal… Por favor, comandante, dígales a sus soldados que no toquen nada de mí maletín: son cosas de mujer, y…

—Nos hemos dado cuenta de eso. Y no tocaremos nada. Pero comprenda que debíamos… asegurarnos de que…

—Ya le dije que tenía una pistolita. Y espero que me la devuelvan al marcharme.

—Naturalmente.

Segundos después se detenían ante una gran puerta junto a la cual había dos oficiales armados de subfusiles. Todo estaba lleno de soldados, especialmente en el exterior, pero no por eso se descuidaba la vigilancia en el interior de la quinta.

Llegar hasta Carrasco Nogales sin su permiso no parecía en absoluto fácil de conseguir. Y, por supuesto, todas las fuerzas militares que lo custodiaban debían tener órdenes de disparar sin contemplaciones a la primera señal de alarma.

El comandante abrió la puerta y se apartó.

—Tenga la bondad.

—Gracias.

Era un despacho grande. No lujoso, ni mucho menos, pero sí confortable: sillones, sofá, gran librería, cuadros, enorme mesa… De detrás de ésta salió Juan María Carrasco Nogales, mostrando sus blanquísimos dientes en muy cortés bienvenida…, mientras sus

negros ojos parecían aquilatar de un solo vistazo a la bellísima muchacha. Se acercó a ella con gesto afable, tendiendo la mano.

—Es un placer conocerla, señorita Tisdale.

—Para mí es un privilegio, mi general.

Carrasco soltó una agradable carcajada. Era un hombre alto y fuerte, algo tosco, pero de buen aspecto. En sus ojos relucía una notable inteligencia, imposible de pasar por alto… Y en su rostro se veían todavía las huellas de los malos ratos pasados en manos de Sérvulo Mendieta y su gente.

—Por favor, siéntese —le señaló un sillón y él ocupó otro mientras el comandante permanecía en pie ante la puerta—. ¿Quiere beber algo?

—No, no… Comprendo que su tiempo es muy valioso, mi general. Si le parece, iremos directos al trabajo.

—¿Al trabajo? Bien… —Carrasco achicó los ojos—. Me ha dicho el comandante Barrios que su visita es… cuestión de vida o muerte.

—Así es. Al menos, para mí.

—¿Para usted?

—Sí… He sido la última periodista en llegar, mi general, y me encuentro con que todas las noticias que podían darse sobre lo sucedido, ya están en circulación hace días. Así que he pensado en… rogarle que me conceda la exclusiva de un artículo especial para mi periódico. ¡Y le aseguro que, si no lo consigo, mi jefe me mata! Como ve, es cuestión de vida o muerte… para mí.

Carrasco Nogales estaba atónito. Cuando se recuperó lo suficiente, miró al comandante Barrios, que estaba rojo de ira ante la desfachatez de aquella mujer.

—Bueno… —murmuró Carrasco—. Francamente, nosotros pensábamos que se trataba de… de otra cosa.

—Ya comprendo que le ha disgustado mi pequeña argucia, mi general —sonrió Nora—. Sin embargo, estoy segura de que no se arrepentirá de haberme recibido.

—Ya… Mire, señorita Tisdale: mañana por la tarde, en el Salón de Actos de la Casa Presidencial, tengo concertada una rueda de prensa con todos los periodistas nacionales y extranjeros que quieran acudir. Como comprenderá, tengo muy bien pensado lo que voy a decir y me temo que no puedo decirle a usted nada distinto… Por otra parte, sería una desatención hacia los demás periodistas,

¿no le parece?

—Sí, sí, por supuesto. Pero yo no pretendo avasallar a ninguno de mis colegas, mi general. Pienso asistir a esa rueda de prensa, pero antes quisiera hacer un reportaje especial sobre usted.

—La entiendo. Y lo lamento, pero…

—¿Le gustan a usted los niños, mi general?

El comandante Barrios respingó. El general Carrasco volvió a quedar atónito.

—¿Los niños? —murmuró por fin.

—Sí, los niños.

—Bueno… No sé… Yo soy soltero, y no sé… ¿Los niños? La verdad es que no sé qué decirle…

—Entiendo —Nora Tisdale sacó un bloc para notas taquigráficas y un bolígrafo, sonriendo—. Podríamos poner que le encantan los niños, pero que, hasta la fecha, ocupado en la dirección militar de su país, al que ama por encima de todas las cosas, no ha podido pensar ni siquiera en casarse. Sin embargo, adora a los niños y espera casarse en breve y ser un padre cariñoso… ¿Le parece bien?

—Pues… Bueno —casi tartamudeó Carrasco—. Yo… yo no sé si…

—¿Qué opina usted de la facilidad con que el ama de casa caribeña resuelve la cuestión alimenticia en el país?

—¿Qué opino sobre…?

—Podríamos poner que siempre ha comprendido que no siendo éste un país rico, el bienestar alimenticio de las familias ha descansado siempre en la habilidad y buen sentido de las magníficas amas de casa de Gran Caribe. ¿Sí?

—Señorita Tisdale, ésas son cuestiones en las que nunca… había meditado de un modo tan…

—Podríamos poner que a partir del día de su nombramiento, ése será uno de los puntos nacionales al que dedicará mayor interés.

—Pues… Esto… Bien…

—Estoy segura, mi general, de que usted ya ha comprendido cuál es la índole de mi artículo: personal, directo al corazón de las mujeres caribeñas. Puede ser un grandioso artículo, una serie de reportajes que será leído con apasionamiento por todas las mujeres del país: al general Carrasco le gustan los niños, admira a las mujeres caribeñas, comprende su esfuerzo y su sacrificio, sabe

cocinar algunos de los platos típicos del país, está pensando en la importación masiva de aparatos electrodomésticos que faciliten la vida a esas mujeres a las que admira, espera encontrar, por fin, esa mujer digna de un militar y político que hasta ahora ha entregado su vida al servicio de la patria… Y le diré una cosa, mi general: ni una sola de las mujeres que lean o escuchen esto, que le vean, por fin, como un ser humano, accesible a todos, incluso a los niños, dejará de presionar a los hombres de su familia para que le apoyen a usted con cuerpo y alma. En cuanto a mí, será un artículo diferente a todos, mi jefe estará contentísimo… y conservaré la vida. ¿Sí, mi general?

Juan María Carrasco Nogales consiguió cerrar la boca, por fin.

—Por todos los Santos… —murmuró—. ¿Eso se le ha ocurrido a usted sola?

—La desesperación, mi general, aviva la mente.

—Sí… Sí, desde luego.

—Si le parece, puedo entregar copias en español de mis artículos al periódico o periódicos que usted me indique.

—Emmm… Bien, la idea es… ¡es formidable! Señorita Tisdale: ¿en verdad es usted inglesa, como dice el pasaporte que me ha mostrado el comandante Barrios?

—Por supuesto, mi general. ¿Por qué lo duda?

—No, no, no lo dudo… Es que habla el español tan bien como nosotros, y, claro, sabrá escribirlo igual… ¿Igual? La verdad es que usted habla el español perfecto y nosotros una especie de jerga que…

—Son modismos y derivaciones lógicas en un país que tiene su propia personalidad.

—Eeee… Ah… Ah, sí… ¡Sí, por supuesto! ¿De verdad no quiere tomar nada, señorita Tisdale?

—Si por ello no va usted a limitar mi tiempo en la entrevista, tomaré cualquier cosa con mucho gusto.

Carrasco estuvo mirándola fijamente hasta que, por fin, se echó a reír, divertido.

—¡Es usted de una astucia fantástica! —exclamó—. ¡No ha parado de halagarme a mí y a mi país desde que ha entrado!

—Como comprenderá, mi general, yo no me habría molestado en aprender el idioma de una raza a la que no admirase. Los

halagos, que usted ha captado al fin, son, en definitiva, fruto de esa admiración.

—Fantástico —volvió a reír Carrasco—. ¿No está de acuerdo, Barrios?

—Sí, mi general —sonrió a medias el comandante.

—Me parece que debo acceder a ese artículo. Y, claro, su ron con hielo no limitará su tiempo de preguntas, señorita Tisdale… ¿O prefiere otra cosa?

Nora Tisdale sonrió hechiceramente.

—Pondremos que el general Carrasco, hombre que por su fortuna personal podría beber buen *whisky* o ginebra, y hasta champaña importado, sólo bebe ron nacional; y, si es posible, macerado a estilo casero, como hacen los buenos caribeños…

—¿Nada más?

—Yo diría que por hoy es suficiente, mi general —Nora bajó su bolígrafo, sonriendo.

—Bien. ¿Cuándo tendrá listo el primer artículo?

—Lo podría tener mañana temprano. Pero no sé si interesa… psicológicamente.

—¿Psicológicamente?

—Yo lo publicaría pasado mañana. Mañana, usted va a ofrecer su rueda de prensa, cuyo contenido será publicado pasado mañana en todo el país; generalmente, las mujeres no se preocuparán mucho de esas cosas. Pero… si en esos mismos periódicos aparece mi primer artículo sobre Juan María Carrasco Nogales, el hombre, no el militar y el político, el efecto será contundente a más no poder.

—Entiendo —brillaron los ojos de Carrasco—. ¡Y me parece muy bien! Es una lástima que usted no sea caribeña, señorita Tisdale.

—¿Por qué?

—Porque le ofrecería el mando de mi futuro Gabinete de Relaciones Públicas.

—¡Ahora es usted quien me está halagando a mí! —rió ella.

—No, no… ¡De ninguna manera! ¿Otra copa?

—No, por favor… entre nosotros: ¿no es terrible este ron nacional?

Juan María Carrasco volvió a reír. Sus recelos del principio parecían haber desaparecido por completo y, por supuesto, en

ningún momento se había dado cuenta de que durante casi una hora había estado bajo la más implacable mirada del mundo, a disposición de una mente fría, astuta, lúcida, capaz de funcionar con más eficacia que una computadora.

—Bueno, mi general, me voy ya… ¿Quizá le molestaría contestar a unas pocas preguntas de otra índole?

—¿Qué preguntas?

—Pues… ¿Qué opina del doctor López-Villegas, por ejemplo?

—Ah. Bien… Es innegable que su capacidad política es muy grande. No comprendo cómo ha podido… organizar todo esto un hombre que, con sinceridad, yo creo que debía tener todos los triunfos en la mano.

—¿En verdad considera usted que él ha dirigido el asunto?

—¿Quién, si no? Además, las declaraciones de Mendieta…

—Ya no podrá hacer ninguna más.

El rostro de Carrasco se ensombreció.

—Ya ha hecho suficientes —murmuró.

—Eso parece. ¿Qué piensa de su asesinato?

—Emmm… No sé.

—Al parecer, su asesinato ha sido llevado a cabo para que no dijese nada más. Eso podría indicar que todavía tenía más cosas que decir, ¿no le parece?

—O quizá estaba ya ordenado hace días y sólo hoy ha podido ser llevado a cabo. Está claro que todo es obra de los partidarios de López-Villegas.

—Parece evidente. ¿Se ha sabido algo del helicóptero desde el cual dispararon?

—No. Lo están buscando, pero… un helicóptero no es fácil de encontrar. Si fuese un auto, un avión, o hasta un barco… Pero un helicóptero puede estar escondido en cualquier sitio. Incluso en lo más alto de una montaña.

—Cierto. Bien, es una lástima que un político de la talla del doctor López-Villegas tenga que… desaparecer.

—No lo necesitamos —refunfuñó Carrasco.

—Claro —sonrió Nora Tisdale—. Claro. Adiós, mi general. Y muy agradecida.

—¿Usted a mí?

—Digamos, entonces, que los dos hemos quedado satisfechos de

mi desfachatez.

—Por mi parte, sí. Y si considera que necesita otra charla conmigo, será recibida en seguida. El comandante Barrios la va a acompañar hasta su coche.

Un par de minutos más tarde, la señorita Tisdale, de nuevo en posesión de su maletín rojo con florecillas azules, abandonaba la quinta del general Carrasco Nogales. Pensativa. Muy pensativa.

Sólo una cosa había dicho Carrasco que a ella no le había gustado. Sólo una cosa, pero… era suficiente. Claro que, por otra parte, aquella cosa no significaba que el general estuviese jugando sucio.

—Y pensando en personas que juegan sucio —soliloqueó—, creo que ha llegado el momento de ver al capitán Barea… Porque, en mi opinión, él sí está jugando sucio o, al menos, turbiamente.

Capítulo V

Detuvo el coche un poco más allá del pequeño chalet sito en el 114 de la calle Almansa y se volvió en el asiento para contemplar la casa. Era pequeña, con un jardín también pequeño en la parte delantera. Un lugar tranquilo, ni mucho menos tan lujoso como Ciudad Marina, donde habitaba el apuesto Agapito Echegoyen.

No había ni una sola luz en la casa. Ni siquiera en el farolillo de la entrada, lo cual podía muy bien significar que César Barea todavía no había regresado a su domicilio.

—Tanto mejor… Quizá sea interesante echar un vistazo a sus cosas.

Se quitó la peluca rubia y los lentes de contacto que daban la tonalidad verde a sus ojos azules. Agitó la larga cabellera negra, ahuecándola. Luego, se quitó la falda y se puso unos pantalones largos, oscuros, de finísimo tejido, extraídos del mágico maletín. Llevó el coche un poco más allá, se apeó y regresó a pie hacia la casa. Pasó de largo ante ella, volviendo la cabeza, para examinar las ventanas de la parte que quedaba menos iluminada… Regresó de nuevo, saltó al jardín sin la menor vacilación, y se deslizó hacia las ventanas laterales. Las probó las dos, pero ninguna cedió.

Abrió el maletín, sacó el peine, lo apretó y apareció el agudísimo estilete de acero. Doce o quince segundos de hurgar en el lugar adecuado dieron como fruto un chasquido en el cierre. Probó la ventana, guardó el peine, empuñó la pistolita y acabó de alzar la ventana, entrando con la agilidad de una gatita.

La oscuridad era absoluta dentro de la casa, así que tuvo que recurrir a su pequeña linterna bolígrafo. Un delgado rayo casi blanco hendió la oscuridad. Un armario. Una cama. Un cuadro. Una puerta… El pomo de ésta cedió al ser movido.

Un corto pasillo.

Lo recorrió lenta, silenciosamente, enviando la luz a todos lados.

En la mano izquierda llevaba la linterna, así como el maletín, cuya asa se había pasado a la muñeca. En la derecha, la pistola seguía siempre el desplazamiento del pequeño círculo de luz.

Un saloncito.

La luz dio en una estantería llena de libros. Más cuadros. Una ventana cerrada. Un sillón. Un sofá. Una mesita delante del sofá, con una botella, dos vasos, cigarrillos. Un hombre caído de bruces en el suelo…

El blanco círculo de luz quedó fijo sobre el hombre que vestía de uniforme. Su rostro estaba rígido, sus ojos abiertos… Nora se acercó, asió al hombre por una muñeca y se cercioró de que los latidos habían cesado en aquel cuerpo. Lo asió por una hombrera del uniforme y le dio la vuelta. Tenía el pecho manchado de sangre. Por lo menos había recibido tres balazos.

Iluminó el rostro. Un rostro bello, correcto, atractivo… Ahora estaba crispado, lívido, y en sus ojos había el dolor y el sobresalto de la brusca despedida a la vida.

No había duda: era el capitán César Barea. El héroe salvador del general Carrasco.

Sentada sobre sus talones, la señorita Tisdale reflexionó rápidamente. Habían muerto los tres cómplices de Mendieta, llamados Chávez, Pérez y Crespo. Había muerto el propio Sérvulo Mendieta… Había muerto el capitán Barea…

—Debí pensarlo antes —susurró—. Tengo que admitir este fallo mío. La pregunta es: ¿a quién le toca ahora? A López-Villegas es imposible asesinarlo… Quedan sólo el campesino que informó a Barea y Margarita Benítez de Mendieta. Yo creo que ese campesino ni siquiera existe. Pero ella sí existe… Margarita sí existe… No sé. Supongo que también querrán matarla.

Y también sería fácil matar al campesino, si es que existe. Pero, desde luego, no es fácil que nadie consiga matar a Carrasco Nogales o a López-Villegas. A ellos, no.

Miró hacia la puerta, enviando allá el circulito de luz. Una botella, dos vasos… Dos vasos. En uno de ellos casi no quedaba licor. En el otro, al parecer, estaba la dosis inicial. La persona a la que estaba destinado aquel vaso ni siquiera lo había tocado… Muy comprensible. Y muy revelador, porque significaba que aquella persona temía ser descubierta por sus huellas digitales. Lo cual

significaba que era conocida… Desde luego, muy conocida de César Barea, al menos. Había llegado, él la había invitado a un trago, se habían sentado a conversar… Y de pronto, plop, plop, plop, tres balazos y la muerte. Sí: con silenciador. Naturalmente.

Bien… No tenía nada que hacer allí. Por supuesto, si la persona que había matado a Barea era amiga suya, como parecía lógico, debía saber muy bien dónde podía tener algo interesante o revelador el capitán del bello rostro…, y se lo habría llevado.

Se incorporó, dispuesta a marcharse. Sería una complicación absurda que llegase alguien a visitar a Barea y pudiese verla, aunque ahora no se pareciese demasiado a la señorita Tisdale.

Comenzó a caminar hacia el pasillo que la llevaría a la habitación por cuya ventana había entrado en la casa. Llegó a esta habitación, entró…, y en el mismo instante en que percibía que allí había una persona, recibía un terrible golpe en un lado del cuello; un golpe perfecto, impecable, exacto, preciso, que tras producirle una brutal crispación de dolor qué se extendió a todos sus nervios, la sumió en un negro y profundo sueño, que cuando cayó de bruces al suelo, ya no pudo sentir el doloroso impacto.

Durante unos segundos, la situación permaneció estática: la bella espía tendida de bruces, la pistola cerca de su mano derecha, la linterna-bolígrafo lejos de su mano izquierda, apuntando precisamente hacia su rostro… Luego, una mano asió la linterna y acercó más el circulito de luz al rostro de Nora Tisdale.

Se oyó un respingo. Después, una mano de hombre, grande, nervuda, poderosa todavía, pero ya algo arrugada, venosa, se posó sobre la frente de la muchacha, ocultando los negros cabellos, de modo que el rostro se veía sólo del borde superior de la frente hacia abajo.

—Formidable… —Se oyó el susurro—. Nada menos que la señorita Tisdale. O sea, que no me equivoqué: es ella. Bien… lamento este golpe, pero… no lo sabía. No parecía ella… En fin, habrá que cuidarla y mimarla.

La linterna fue depositada sobre la cama. Segundos después era depositada Nora Tisdale.

Una mano del hombre tocó su carótida cuidadosamente. Todo estaba bien. Seguro que no dormiría más de ocho o diez minutos. Sí… Eso, como máximo.

El hombre puso el maletín, la pistolita y la linterna junto a Nora Tisdale. Luego, abrió el maletín, removió algunas cosas…

—Formidable… Fantástico… Bien, creo que puedo marcharme tranquilo.

Salió por la ventana, se alejó de la casa, recorrió un par de travesías, giró a la derecha, llegó junto a un coche, se puso al volante y partió. Al pasar bajo una de las farolas, la luz dio de lleno en la matrícula del coche: «M-35 67 R».

Siete minutos más tarde, la señorita Tisdale abrió los ojos, parpadeó varias veces… De pronto, se sentó y su mano derecha quedó sobre el maletín. La movió y tocó la pistolita, el bolígrafo-linterna… Lo encendió y dirigió la luz a su alrededor.

—Que me lo explique alguien —refunfuñó—: ¿qué hago yo en esta cama?

Giró en la cama y descolgó el auricular del teléfono que sonaba con insistencia.

—Sí, sí… Dígame.

—Oh. Sí, por favor: que suba. Pero dentro de cinco minutos.

—Gracias.

Saltó de la cama y en seguida hizo un gesto de dolor moviendo el cuello, todavía resentidos nervios y músculos del golpe recibido la noche anterior en la casa de César Barea.

Se duchó con agua fría, se peinó, se maquilló ligeramente… Todavía estaba desnuda cuando sonó la llamada a la puerta de la lujosa *suite* del «Hotel Embajadores». Se envolvió con la toalla del baño y fue a abrir. Su sonrisa no podía ser más juvenil, simpática, alegre y dulce cuando abrió la puerta.

—Señor Echegoyen… —saludó—. ¿Cómo está usted?

—Buenos días —correspondió al saludo Agapito Echegoyen—. Me temo que mi visita la ha perturbado, señorita Tisdale.

—No, no, no… Nada de eso. Pase, por favor. Y perdone mi… indumentaria, pero cuando me han llamado desde conserjería estaba todavía durmiendo.

—¿Lo ve? —se lamentó gravemente Echegoyen—. Ya me temía…

—¡Tonterías! —Ella cerró la puerta y señaló hacia la puerta del dormitorio—. Sucede que anoche estuve trabajando hasta muy

tarde en unos artículos muy especiales sobre el general Carrasco Nogales, y es natural que no me levante a mi hora habitual. En general, soy madrugadora. Por favor, siéntese.

Echegoyen ocupó uno de los silloncitos y Nora se sentó en el borde de la cama. El apuesto don Agapito la miraba con lentos parpadeos de asombro y admiración, pero tuvo el buen gusto de no hacer un solo comentario respecto a la sensacional belleza de la joven periodista.

Estuvieron mirándose, hasta que Echegoyen carraspeó.

—Bueno… Ya sé que sólo son las diez de la mañana, y si usted trabajó hasta muy tarde, pues…

—Las diez de la mañana es una hora muy adecuada para que todo el mundo esté trabajando.

—A menos que se haya estado trabajando hasta las tres o las cuatro de la madrugada, por ejemplo.

—Ah… Sí, claro, ése ha sido mi caso. Pero no importa. Por otra parte —sonrió—, estoy segura de que usted no ha venido a verme recién salida del baño sin tener un motivo en verdad importante.

—Por supuesto. Bueno, usted me dijo que estaba en este hotel, y…

—Lo recuerdo muy bien. Señor Echegoyen, ¿qué se le ofrece?

—Desde luego, no voy a pedirle ni un centavo más. Veinte mil dólares fueron suficientes.

Nora Tisdale acabó de encender un cigarrillo y miró evidentemente perpleja a su visitante.

—¿A qué se refiere?

—He supuesto que usted aceptaría de buena gana unas cuantas aclaraciones… suplementarias sobre la película que le vendí ayer por la tarde.

—¿Quiere un cigarrillo?

—No, gracias. A mi edad, sólo fumo cigarros habanos…, y no con la frecuencia que desearía.

—Pues lo siento, pero yo no fumo cigarros puros. Hubo una temporada que me dio por fumar en cachimba, pero lo dejé: mis dientes se ponían feos.

—Fumando cigarrillos se ponen feos los pulmones.

—Pero los pulmones no se ven —rió ella—: quedan dentro del pecho. Y… ¿usted cree que mi pecho se ve feo?

—No… —rió Echegoyen—. ¡No, de ninguna manera! Tampoco se ve bonito… Quiero decir que con esa toalla no se ve de ninguna manera.

—Usted va a perdonarme que no me quite la toalla. No soy Salomé, para bailar la danza de los siete velos. Y este baile sólo sería de un velo. ¿A qué aclaración suplementaria se refiere usted?

—Tengo unas fotografías en el bolsillo interior de mi chaqueta. ¿Puedo sacarlas?

Nora Tisdale alzó las cejas, «sorprendidísima».

—¿Por qué no?

—A lo peor, usted pensaba que iba a sacar una pistola, y eso la disgustaba.

—Para disgustarme a mí, señor, usted tendría que hacer alguna cosa muy fea. Y ése no es el caso. Así que… veamos esas fotografías.

Agapito Echegoyen sacó un sobre del bolsillo interior, en efecto, y lo tendió a Nora Tisdale. Esta lo tomó, dejó el cigarrillo en el cenicero de la mesita de noche y sacó las fotografías del sobre. Eran cuatro. Y tras un par de segundes de perplejidad, identificó lo que mostraban aquellas fotografías.

—Yo diría que son del tren de aterrizaje de un helicóptero. Supongo que del helicóptero que nos está ocupando.

—Así es.

—¿Y bien?

—Es muy posible que usted haya observado ciertas manchas de tono especial en el tren de aterrizaje. Podríamos definir ese tono como… rojo tirando a negro. ¿Le parece una tontería?

—No. Así lo habría descrito yo.

—Bien. Ese tono corresponde a la tierra, generalmente húmeda, de cierta zona de Gran Caribe. Quiero que sepa que desde que usted se fue ayer de mi casa, quedé con ciertos remordimientos por el precio a que le había vendido la película, así que me dediqué a obtener más ampliaciones de la copia que conservo… Bueno, el resultado final de toda una noche de trabajo ha sido éste. ¿Usted comprende?

Nora volvió a mirar las fotografías. Luego, se quedó mirando a Echegoyen.

—¿Cuál es la zona donde se encuentra una tierra de este color? —musitó.

Echegoyen sacó un mapa, se acercó a la cama y lo colocó encima, desdoblado. Uno de sus largos, fuertes dedos nervudos, señaló el lugar.

—Esta es la zona. La he delimitado con un círculo de lápiz rojo. Conozco bien mi país, señorita Tisdale. Si ese helicóptero ha aterrizado alguna vez en tierra firme, sólo ha podido hacerlo en esta zona. Es más: dada la fuerte adherencia de la tierra en las barras de aterrizaje, yo diría que ese helicóptero suele estar por esos lugares la mayor parte del tiempo.

—¿Me dijo usted que había sido actor de profesión y fotógrafo de afición…, o al revés, señor Echegoyen?

—Actor de profesión —sonrió el anciano.

—Increíble. Dígame: ¿qué clase de actuaciones eran las suyas?

—Diversas.

—¿Diversas?

—Bueno, quiero decir que he representado a muchísimos personajes en mi vida. Muchísimos —Echegoyen sonrió—. A base de tanto representar personajes diferentes, uno llega a creer que es una o mil personas distintas. Durante años, todo va bien, se soporta… Incluso parece divertido. Pero llega un momento en que eso de representar personajes ajenos a nuestra propia personalidad cansa terriblemente. Yo diría que incluso va causando un profundo desánimo, una gran tristeza… Entonces, lo mejor es retirarse… a un lugar tranquilo del ancho mundo, olvidarlo todo y pensar sólo en que la vida merece vivirse en paz. En paz por encima de todo. Incluso, a veces, por encima de las… teóricas conveniencias de la propia patria. Por ejemplo: si yo voy a vivir a la casa de usted y encuentro… un poco de basura en un rincón…, ¿qué cree que debería hacer?

—En mi casa nunca ha habido basura —sonrió Nora—. Pero, supongamos que la hubiera: ¿qué haría usted, no yo?

—Bien… Creo que, como invitado, no debía decirle a usted que en su casa había basura. Tampoco estaría bien llamar yo mismo a un basurero para que limpiase, porque eso podría molestarla mucho y con razón. Yo creo… Sí, creo que lo mejor para que usted, su casa y yo mismo continuásemos viviendo en paz, sería que yo recogiese discretamente esas basuras, las llevase con mis propias manos al inodoro o al incinerador, y las hiciese desaparecer sin… molestar a

nadie. ¿Y sabe por qué?

—Dígamelo usted.

—Pues porque si yo no me decidía a hacerlo por mí mismo, tendría que recurrir a otras personas. Y quizá, como decimos por estos lugares, el remedio fuese peor que la enfermedad. Por ejemplo, si yo la avisaba a usted de la existencia de esas basuras, es posible que usted avisara a un… basurero de su confianza. Si me decidía a hacerlo por mí mismo, el basurero sería de mi confianza, pero, a fin de cuentas, tan basurero como el suyo. En ambos casos, es muy posible que, por pretender limpiar una pequeña parte de la casa, uno u otro basurero lo ensuciasen todo, de arriba abajo. En cuyo caso, ni usted, ni yo, ni nadie que estuviese en su casa, ni siquiera los mismos basureros, estarían a gusto. Todo sucio, todo… asqueroso. Lo mejor es recoger el pequeño montoncito de basura, tirarla discretamente, y… ¡aquí no ha pasado nada!

Nora Tisdale sonrió. Asintió con la cabeza, miró el mapa, miró las fotografías, miró a Echegoyen… y se puso en pie.

—¿Sería tan amable de perdonarme, señor Echegoyen? —pidió—. Tengo algunas cosas urgentes que hacer esta mañana.

Agapito Echegoyen se había puesto en pie también.

—Estoy seguro de que usted siempre hace lo mejor Volveré a mi casa, a tomar el sol. Con el sol, pasa como con la vida misma: uno no se da cuenta de lo que realmente vale hasta que teme perderlo.

—La vida es más importante que el sol…, ¿no?

—No sé qué decirle. Mi opinión quizá difiera de la suya. En definitiva, el sol es la fuente de toda la Vida. Y lo mismo podríamos decir del amor, de la paz, de la belleza, del mar, del cielo, de las estrellas… ¡De tantas cosas! Imaginarse la vida sin la vida misma, es absurdo, lo sé. Pero… ¿se imagina usted una vida sin amor, sin paz, sin mar, sin sol, sin estrellas, sin música, sin…?

—No… —musitó Nora—. No me imagino una vida así.

—Yo tampoco. Buenos días, señorita Tisdale.

—Buenos días, señor Echegoyen.

El anciano recogió su blanco sombrero y sonrió.

—No lo olvide —dijo—: la espero a usted para escuchar música juntos cualquier tarde de éstas.

—Nunca olvido nada. Nunca.

Segundos más tarde, de nuevo sola en la *suite*, la señorita

Tisdale efectuaba una llamada por su radio de bolsillo.

—¿Simón?

—Hola… No me pregunte. Mire, sé que este país es más bien pequeño, pero si…

—¿Puede estar dentro de media hora en el mismo sitio donde nos vimos ayer?

—Seguro que sí. Estoy como coordinador.

—Lo espero allá.

Capítulo VI

Simón entró en el coche, aceptó el cigarrillo encendido que le tendía Nora, y suspiró profundamente.

—Me pregunto —dijo— si usted está loca o es genial… Tiene que ser una de estas dos cosas.

—¿Por qué?

—Aquí tiene las microfotos que me dio anoche para revelar y ampliar. Como fue usted quien tomó las fotografías de ese pasaporte, no necesita que yo le explique nada.

—No… —sonrió ella—. No necesito explicaciones.

Guardó las fotografías ampliadas en el maletín y sonrió a su desconcertado y no poco asustado amigo.

—¿Algo del helicóptero o de Margarita Benítez?

—Nada. Como le decía, este país es pequeño, pero…

—Seguro que encontraremos muy pronto al helicóptero. Y por ahí podemos empezar.

—¡No me diga que sabe dónde está ese cacharro!

—Aproximadamente —ella sacó el mapa, lo extendió y señaló con un dedito—. Su base tiene que estar por aquí.

—Es una depresión que parece muy húmeda… ¿Cómo sabe usted eso? ¿Cómo ha podido…?

—Suerte.

—¿Suerte? ¡Esta es buena! Está bien, no me diga nada. Estoy muerto de sueño, de cansancio, de aburrimiento… ¿Qué tenemos que hacer exactamente?

—Llame a los otros tres Simones, consigan cuatro coches y dedíquense a buscar por esta zona —volvió a señalar el mapa—. En alguna parte de ella está el helicóptero. Y donde haya un helicóptero, habrá gente… poco corriente. Quiero decir que no serán campesinos, ni nada parecido. Incluso es posible que haya algún coche. Y casi seguro sea una casa más confortable de lo

habitual.

—Entiendo. Pero no será fácil.

—Lo sé. Procuraré colaborar directamente en esto. ¿Ha leído ya la noticia de la muerte de César Barea?

Simón soltó un furioso resoplido.

—¡Creí que no iba a hablar de eso! ¿Lo encontró muerto, o pudo hablar antes con él?

Nora lo miró sorprendida.

—¿Acaso no pude matarlo yo misma?

—Tonterías… —sonrió Simón—. Tenía cuatro balazos en el corazón. ¡Qué barbaridad! Me pregunto si hay algún espía en el mundo que pierda el tiempo disparando tres balas de más.

—Buena deducción —sonrió Nora—. Lo encontré muerto. Y me dieron luego un trastazo allí, en la casa. Cuando desperté, estaba tendidita en una cama.

—¡Dios…! —Palideció Simón—. ¿Se da cuenta de que…?

—Suerte. Ya se lo he dicho. Por fortuna, la persona que me golpeó era amiga. Y si me golpeó fue porque, al principio, no me reconoció, y temió ser descubierto en actividades que, en él, resultarían sorprendentes a muchas personas: investigar para resolver problemas ajenos en bien de la paz y el sol.

—No entiendo nada.

—Cuando yo entré, por una ventana, ya había alguien dentro de la casa. Me dejó hacer. Luego, cuando volví al cuarto por el que había entrado, intuyó que me iba a dar cuenta de su presencia y, para evitar complicaciones, me golpeó. Fue terrible… Luego, me puso en la cama y se fue. Un poco decepcionado, quizá, ya que había pensado dejarme salir, seguirme… Cuando comprendió que eso no iba a ser fácil, ya era tarde, y me golpeó. Quizá me hubiera matado si no me hubiese reconocido poco después como la señorita Tisdale, la cual, como él, está investigando, y a la que él ha decidido ayudar.

—Habla usted como… como si supiese quién la golpeó…

—Es que lo sé: fue Agapito Echegoyen.

Simón lanzó un alarido.

—¡Lo sabía! ¡Ese…!

—Cálmese. Echegoyen se está portando muy bien, Simón.

—¿Muy bien? ¡Seguro que fue él quien mató a César Barea! ¡Si

estaba allí…!

—No. No fue él. Llegó cuando Barea ya estaba muerto. Luego llegué yo, él no pudo salir, después tuvo curiosidad por ver quién era yo… Quizá esperaba a otra persona, no sé. De todos modos, le diré que ha sido él quien me ha proporcionado la pista de esta zona para que busquemos el helicóptero.

—Por todos los… —Simón se mesó los cabellos—. ¡No entiendo nada!

—Es fácil. Agapito Echegoyen no quiere jaleos en Gran Caribe. Sólo la paz. No quiere que este país se convierta en un… gran basurero, como son casi todos los del mundo.

—¿De qué se supone que habla usted ahora?

—Aquí no existe el espionaje prácticamente. Pero si empiezan a venir agentes secretos de todo el mundo, las cosas irán de mal en peor. Por lo tanto, Agapito Echegoyen, que sabe muy bien lo que se trae entre manos, está haciendo lo posible por evitar que Gran Caribe se… estropee. Así que, como ya está un poco… cansado de estas cosas, ha decidido ayudar a quienes están buscando la solución al problema… La solución más discreta, se entienda. Y como ha comprendido que yo soy la agente Baby de la CIA, me está facilitando las cosas. Está… colaborando para que, al menos en este país, haya paz, amor, mar, sol y buena música.

—Usted me… me está tomando… el pelo.

—No, Simón.

—¡Pero ese hombre es…!

—Fue. Ya no es nada… Nada excepto un agradable anciano que ha aprendido por fin a valorar la vida, el sol, la paz y el mar. Por eso ha dejado la solución de todo esto en las manos que él considera más adecuadas: las de Baby. Es un zorro viejo y astutísimo —rió la señorita Tisdale.

—Y… oiga: ¿está segura de qué usted no es una… cándida paloma?

—Todo es posible —volvió a reír Nora—. Pero estoy convencida de que no me equivoco… El bueno de don Agapito debe estar estupefacto… ¡Treinta o cuarenta años de espionaje y se va a encontrar con Baby cuando ya sólo quiere vivir al sol…! ¿No es casi irritante?

—Usted está jugando con fuego —se tensó la voz de Simón—. Y

olvidando algo muy importante: por su cabeza ofrecen cinco millones de dólares.

—¿Piensa cobrarlos usted?

—¡Por Dios! —Palideció Simón—. ¡No tiene derecho a decir que la vendería a los rusos o a los chinos, o a…!

—Sé que usted no va a hacer eso. Y cinco millones de dólares le sentarían estupendamente, ¿no?

—Caracoles… Vaya… ¡Claro que sí! ¿A quién no?

—¿A quién si no…? Pues a don Agapito Echegoyen. El tiene la vida solucionada, dinero en algún Banco de Gran Caribe… No le falta dinero, estoy segura. Y todo lo que se permite es tener escondidos doscientos… veinte mil dólares y su auténtico pasaporte por si algún día tiene que emprender precipitadamente el vuelo y marcharse a vivir a otra parte. Pero aquí está a gusto, ve el sol y el mar… No quiere marcharse, no necesita dinero, porque tiene más del que puede gastar… ¿De qué le servirían cinco millones de dólares? Ni aunque tuviese quinientos viviría más apaciblemente que ahora.

—Qué barbaridad… —resopló Simón—. Está bien, no vamos a discutir más. Y la próxima vez que lo intente, por favor, deme un tirón de orejas. ¿*Okay*?

—*Okay*.

—¿Puedo llevarme este mapa?

—*Okay*.

—¿La llamo si sabemos algo?

—*Okay*.

—¿Usted también va a buscar?

—*Okay*.

Simón frunció el ceño y masculló:

—Oiga: usted se está tomando esto a pitorreo, ¿verdad?

—¡*Okay*! —rió Nora Tisdale.

—Lo mejor será que me vaya al mismísimo infierno —sonrió el espía—. ¡Y no vuelva a decir *okay*!

—«All right» —aceptó la divina espía.

Simón soltó otro bufido y salió del coche como si de verdad estuviese dispuesto a lanzarse de cabeza al mismísimo infierno.

Quizá no fuese al mismísimo infierno, pero cuando menos hacia un

calor espantoso en aquella depresión de tierra negro-rojiza. La brisa del mar no llegaba allí. Todo parecía como petrificado, absolutamente inmóvil. Las plantaciones de caña de azúcar se extendían por todos lados, llenándolo todo… Era como si en el mundo jamás pudiera volverse a ver nada que no fuese caña de azúcar y palmeras.

Al menos, eso era todo lo que podía verse con los gemelos: palmeras, caña de azúcar… y la casa. Una casa más grande de lo habitual en las plantaciones. Pero, sobre todo, más conservada, mejor acondicionada. Y, ciertamente, bajo uno de los porches, se veía un coche.

La señorita Tisdale bajó los gemelos y murmuró:

—Parece que no hay nadie.

Simón, a su lado, se removió inquieto.

—Será mejor que no confiemos en ello —replicó.

—Por supuesto. Pero sólo hay un modo de asegurarse: yendo a la casa.

—De acuerdo —asintió el espía—. Usted se quedará aquí y nosotros…

—Lo haremos al revés —sonrió ella—: yo iré a la casa.

—¡No me parece prudente que…!

—Es una orden —volvió a sonreír ella—. Además, es posible que estemos en una pista falsa. Porque, Simón querido, yo no veo ni rastro de helicóptero. ¿Usted sí?

—Tampoco. Pero hemos recorrido ya casi toda la zona y ésta es la única casa… diferente. No parece una casa campesina como las demás, sino más bien una… finquita de recreo. En cuanto al helicóptero, naturalmente, no van a tenerlo a la vista, sino camuflado… Saben que las fuerzas armadas del país lo están buscando.

—Exactamente. ¿Se le ocurre algún sitio cerca de aquí donde pueda estar escondido un helicóptero?

—Como no sea en algún lugar de aquel pequeño bosquecillo…

—Perfecto. Vayan a buscarlo. Yo iré hacia la casa. Si no encuentran el helicóptero, no hagan nada. Si lo encuentran, pues… la búsqueda habrá terminado.

—Yo podría acompañarla a…

—Voy a ir sola.

Sacó el maletín del coche, guardó los prismáticos en él, lo cerró dejando la pistolita fuera, ya con dos trozos de cinta de esparadrapo adheridas a la culata, y se la colocó en la cara interna del muslo izquierdo. Tomó el maletín con la manita izquierda, sonrió a Simón, y dijo:

—«Aloha».

No se oía el menor ruido. Sólo el canto de algunos pajarillos. A un lado de la casa había una pequeña terraza cubierta con techado de palmas, proporcionando una sombra fresquísima; o, al menos, vista desde allí, lo parecía.

Se lo parecía a la señorita Tisdale que, metida entre las cañas de azúcar, se notaba sofocada, casi como metida en una sauna. Unas finas gotitas de sudor resbalaban por su frente hacia los ojos, que mantenía entornados bajo aquel sol cegador.

«Lo que es la vida —pensó—: ahora me gustaría un poquito de brisa del Polo Sur. En cambio, cuando estuve en el Polo Sur, hubiese dado cualquier cosa por este calor».

No se movía ni una hoja, ni una caña, ni una palmera. Era terrible.

Y por eso aquel silencio no acababa de gustarle. Aquella quietud la inquietaba. Lo normal, puesto que el coche estaba allí, era que hubiese alguien en la casa. Si su ocupante u ocupantes se hubieran marchado, lo habrían hecho en el vehículo… ¿O se habían marchado en el helicóptero, dejando el coche allí? La idea era factible, ciertamente.

—Bueno, no voy a pasarme la vida metida entre estas cañas.

Salió a terreno descubierto, ya muy cerca de la casa, con la pistolita en la mano. Recorrió a gran velocidad el trecho hasta la terraza-pérgola, saltó a ella, y suspiró al notar, en efecto, un agradable frescor. Había una mesita y cuatro sillas de palma en el centro… La puertaventana estaba abierta, pero una espesa cortina de cuentas de colores impedía ver nada dentro de la casa; seguro que la cortina era para impedir la entrada de insectos voladores.

«Pero yo no soy un insecto», pensó, divertida.

Con exquisito cuidado fue apartando las tiras. Dentro había una oscuridad casi completa. El lugar ideal para dormir una siesta en aquella tarde bochornosa. Casi sin hacer ruido con las cuentas de colores, entró todavía deslumbrada por la intensa luz del exterior.

Le pareció un saloncito de recibo, amueblado con ligereza…

—Hay cuatro pistolas apuntándola —dijo una voz en alguna parte—: será mejor que deje caer la suya.

Quedó petrificada. Lo único bueno de aquella situación tan nueva, tan brusca, fue que sintió un escalofrío, cosa que podía ir bien contra el calor. Por fin, pudo volver la cabeza hacia la derecha y vio al hombre, en pie a un lado de la entrada, en plena sombra. Por supuesto, tenía una pistola en la mano. Miró hacia la izquierda y vio a otro hombre, también armado…

—No le repetiremos que deje caer la pistola.

Nora obedeció. Su pistolita rebotó en el piso, mientras ella alzaba las manos hasta los hombros. Por delante de ella, desde detrás de un sillón, apareció un hombre. Y por encima del respaldo de otro sillón apareció una cabeza femenina, precedida igualmente de una pistola… Una hermosa cabeza femenina provista de largos cabellos negros y ondulados.

La mujer salió de detrás del sillón y se acercó cautamente. Uno de los hombres se había acercado a recoger la pistola de Nora Tisdale quien, mirando a la mujer de largos y ondulados cabellos negros, murmuró:

—¿Señora Mendieta? ¿Margarita Benítez de Mendieta?

Capítulo VII

La mujer se plantó delante de Nora, mirándola con los ojos entornados.

—¿Y usted? —susurró—. ¿Quién es usted? ¿Cómo ha podido llegar hasta aquí? ¿Con qué objeto?

Nora Tisdale iba acomodando sus ojos a la penumbra de la habitación. Podía distinguirlo todo a la perfección, especialmente los ojos de aquella mujer, negros, grandes, de mirada inteligente, fría, dura. Era muy hermosa y su edad no podía rebasar los treinta años.

—Me llamo Nora Tisdale —musitó—. Soy inglesa. Periodista.

—Ha contestado a una sola pregunta. Siga.

—No tengo más que decir. Siendo periodista, como comprenderá siento interés por…

—¿Cómo ha podido encontrar este lugar?

—Pues… buscando.

—¿Buscando? Estamos a más de treinta kilómetros de Marina. Y… ¿qué estaba buscando?

—A usted. Suponiendo que sea Margarita Benítez.

—Señorita Tisdale, se ha comprometido usted mucho… Hace unos minutos, la vimos aparecer descendiendo por una de las colinas. Luego la hemos perdido de vista entre las cañas, pero hemos comprendido que pensaba venir a la casa y la hemos esperado. Usted ya comprende, sin duda, que su actitud en todo momento no es para inspirar confianza. Y ya que quien está en mala situación es usted y no nosotros, es usted quien debe contestar preguntas… ¿Qué quiere usted de Margarita Benítez de Mendieta?

—Entrevistarla para hacer un reportaje con lo que ella sepa de lo que está sucediendo en Gran Caribe.

—¿Y para una entrevista acude usted con una pistola?

—Nunca se sabe lo que puede ocurrir.

—Ya. ¿Ha venido sola?

—Desde luego… Bueno, les dije a unos amigos dónde…

La mujer se echó a reír.

—¡Es usted muy lista!, ¿verdad? —ironizó—. Yo creo que ha venido sola, pero ahora, por si tenemos malos pensamientos contra usted, pretende inquietarnos.

—Le aseguro…

No pudo terminar la frase. La mujer había hecho una seña y el hombre que estaba detrás de Nora le golpeó con la pistola en los riñones, tan fuertemente que la derribó de bruces, crispada de dolor, lívido el rostro, desencajada la boca… Un puntapié en el vientre la hizo rodar hacia el centro de la estancia, gimiendo de dolor, para quedar encogida, como plegada sobre sí misma, inmóvil.

—Muy bien, Costas —aprobó la mujer—. Colocadla en un sillón y atadle las manos tras el respaldo.

—Ayúdame, Ramiro —dijo Costas—. Trae tú una cuerda, Peláez.

Ramiro y Costas tiraron en un sillón a la semidesvanecida señorita Tisdale, mientras Peláez arrancaba una de las tiras de la cortina… Para cuando terminó de atar a Nora Tisdale al sillón, ella ya se había recuperado lo suficiente y miraba con fría fijeza a la mujer…, que correspondía con no menor frialdad.

—No sé cómo ha podido dar con este lugar —dijo secamente—. Casi me parece imposible. Pero si usted nos ha localizado es posible que pronto puedan presentarse otras personas. A menos que sea usted tan extraordinariamente lista que haya llegado aquí guiándose por propias conclusiones.

—Ya le he dicho… que algunos amigos saben…

—¿Qué clase de amigos?

—De la CIA.

La mujer palideció.

—¡Mentira! —rechazó.

—Si no he vuelto antes… de una hora, ellos… vendrán… Pero si usted es Margarita Benítez, no… no debe temer nada. Sólo queremos… ayudarla.

—¿Ayudarme? ¿Por qué?

—Están matando a todos… Ayer asesinaron a Sérvulo Mendieta, su marido. Eso, por la mañana… Por la noche asesinaron al capitán César Barea… Estamos convencidos de que también quieren

asesinarla a usted.

—¿Y por qué ha de querer ayudarme la CIA?

—Pensamos que usted conoce toda la verdad, y nosotros… queremos saberla para actuar en consecuencia.

—¿En consecuencia? ¿Quién les ha dado a ustedes vela en este entierro? Aquí nunca ha habido espías. Es un país demasiado insignificante para ello: café, caña de azúcar, frutas… Sólo eso. Ni siquiera ocupamos una posición estratégica. Nunca nos han hecho caso. ¿Por qué ahora?

—En primer lugar, su país no es pobre, sino poco desarrollado. Podríamos ayudarle. Pero básicamente nos interesa conocer quién y por qué pretende mezclar a la CIA en las cuestiones internas de Gran Caribe.

—¿Quién y por qué? Todo el mundo sabe que el general Carrasco Nogales es quien está acusando a la CIA de intervencionismo. ¿Por qué? Supongo que está convencido de ello, eso es todo. Pero… me parece que estamos perdiendo demasiado tiempo, y quizá sea cierto que alguien más puede venir. Vosotros dos quedaros vigilándola. Peláez, tú ven conmigo a buscar el helicóptero: hay que marcharse de aquí cuanto antes.

—¿La vamos a dejar viva?

La mujer tomó un bolso que había sobre la mesita, lo abrió y sacó un par de guantes blancos que comenzó a ponerse sonriendo… mientras la señorita Tisdale miraba sin expresión alguna aquellos guantes blancos… que tenían bordada una flor en el dorso. Una margarita. Ahora se podían ver los pétalos blancos, casi de idéntico tono al guante. Pero el centro amarillo de lo flor destacaba graciosamente. Guantes blancos, con una mancha amarilla…

—No —dijo la mujer—. Desde luego que no. Nos la llevaremos en el helicóptero, la mataremos y la tiraremos al mar. De momento lo importante es marcharse: no quiero riesgos. Vamos, Peláez.

Salieron los dos de la casa. Durante unos segundos, en ésta reinó un silencio sepulcral.

De pronto, Nora preguntó:

—Ella es Margarita Benítez, ¿verdad?

—Seguro que sí —asintió Costas, burlón.

—¿Y qué está tramando?

—Si no cierra la boca, se la vamos a cerrar nosotros… para

siempre. Y antes de lo que ella quiere, aunque tengamos que cargar con un cadáver en lugar de hacerla caminar hasta el helicóptero.

—¿Cuánto… cuánto quieren por dejarme escapar?

Los dos hombres se quedaron mirándola al parecer interesados. Pero, de pronto, Ramiro soltó una carcajada.

—¡Un millón de dólares! —pidió.

Se echaron a reír los dos.

—No tengo tanto dinero aquí… Puedo darles ochenta o noventa mil dólares.

Las risas de Ramiro y Costas quedaron como estranguladas en sus gargantas. Los dos entornaron los ojos a la vez. Luego, cambiaron una mirada y volvieron a mirar a Nora.

—¿Tiene usted aquí noventa mil dólares? —susurró Costas.

—Sí.

—¿De veras…? ¿Dónde?

Nora señaló hacia el suelo con la barbilla.

—En mi maletín. Hay un doble fondo lleno de billetes de cien dólares.

Ramiro se abalanzó hacia el maletín, lo colocó sobre la mesita y sus manos asieron los cierres…

—¡Espera! —gritó Costas—. ¡No lo abras!

—¿Por qué? Si hay noven…

—También puede ser una trampa. Puede que haya dentro un explosivo o algo que funcione si el maletín no se abre adecuadamente —miró sombrío a Nora—. Si ella es de la CIA, esa clase de truco no me sorprendería.

—No, no —negó Nora—. Les aseguro…

—¡Cállese! —Costas tomó el maletín y lo puso sobre las rodillas de ella—. Lo vamos a abrir aquí, en sus rodillas, de modo que si algo funciona mal…

—¡No lo abran! —gritó Nora—. ¡No lo abran aquí, quítenmelo de encima!

—Maldita perra —jadeó Ramiro, lívido como un muerto—. ¡Ha querido…!

—Cálmate —sonrió Costas—. Ahora ella no hará tonterías, nos va a decir cómo tenemos que abrirlo. ¿No es así, preciosa?

—No… No lo toquen… ¡Por Dios, no lo toquen ustedes…! ¡Sólo yo sé cómo abrirlo, volaríamos todos en pedazos…!

—Que lo abra ella —gruñó Ramiro.

Costas reflexionó unos segundos.

—De acuerdo. Vamos a soltarle una mano, preciosa, y usted va a abrir este maletín. Nosotros nos alejaremos, de modo que si está dispuesta a morir, lo hará sola. Cuando haya abierto los cierres, levante la tapa en seguida, sin meter la mano en el maletín. ¿Está claro?

—Sí, sí…

—Muy bien. Adelante.

Le soltaron una mano y retrocedieron hasta el punto más alejado de la habitación, siempre apuntándola con sus pistolas. Costas ordenó:

—Ahora.

Nora Tisdale se colocó mejor el maletín sobre las rodillas, abrió los cierres, alzó la tapa y en el acto elevó la mano libre.

—Quieta como está —advirtió Costas.

Se acercaron los dos y echaron un vistazo al interior del maletín: cosas de mujeres tan sólo.

—Abra el doble fondo.

—Sí… Sí, sí, en seguida.

La mano libre de Nora Tisdale bajó por completo. Se posó sobre un bonito peine de gran tamaño… y a partir de ese instante su velocidad escapó a todo control por parte de los dos hombres. Fue como una centella, como un relámpago visto y no visto: asió el peine con fuerza, lo apretó, y la hoja finísima de acero apareció cuando ya ella alzaba la mano, directa a la garganta de Costas, que no tuvo tiempo ni siquiera de respirar.

El centelleo del estilete desapareció en seguida, apareciendo chorreante tras el mortal tajo. Y casi simultáneamente la señorita Tisdale alzaba una pierna y la extendía, hundiendo el pie en el bajo vientre de Ramiro con tal fuerza que lo derribó de espaldas, aullando, mientras el maletín, con todo su contenido, saltaba por los aires.

Todavía aullando de dolor, Ramiro se puso de rodillas, alzó la pistola hacia el sillón…

¡Fffsss!, silbó algo en el aire.

Y la señorita Tisdale quedó encogida, todavía con el brazo extendido hacia delante, protegida tras el sillón, mientras Ramiro,

que aún no había tenido tiempo de asimilar aquella velocísima reacción, ni la muerte fulminante de Cosías, quedaba petrificado, con el estilete hundido en su garganta, desorbitados los ojos, crispada la boca… De pronto emitió un gemido ronco y cayó de bruces.

La señorita Tisdale se puso en pie, se quitó las cuerdas que colgaban de su muñeca izquierda y se acercó a Ramiro. Arrancó el… «peine» de su garganta y salió de allí sosteniéndolo con todo cuidado, con la pistola en la otra mano. Llegó a la cocina, lavó el peine a chorro limpio, lo secó, escondió la hoja de acero y regresó al saloncito de recibo. Sin inmutarse, se dedicó a recoger las cosas de su maletín, que fue colocando sin prisas. Si el helicóptero llegaba lo oiría perfectamente, así que no había cuidado…

De pronto quedó inmóvil, alerta como una gatita que hubiese oído el rumor de un ratoncillo. Y con el silencio de una gatita se deslizó hacia un rincón del saloncito, cobijándose en la penumbra, lista la pistola para disparar. Su finísimo oído estaba captando ahora con toda claridad las pisadas en la terraza… Su gesto se ensombreció, su dedo se crispó en el gatillo. Ella veía ahora, y eso era no poca ventaja.

Vio la mano.

Una mano grande, fuerte, que apartó con gran cuidado algunas tiras de la cortina. Luego fueron apartadas y un hombre entró, seguido inmediatamente por otro, ambos pistola en mano, evidentemente deslumbrados…

Nora Tisdale dio un paso adelante y apretó el gatillo.

El respingo de los dos hombres fue digno de ser grabado para una película de terror. Se volvieron a la vez, de un salto, alzando sus pistolas, blancos los rostros…

—¡Baby! —aulló uno de ellos.

—Ssst. Nada de ruidos.

—Por el amor de Dios —jadeó Simón—. ¡Hemos podido matarla!

—Si no tienen reflejos ni siquiera para tener quietos sus dedotes, será mejor que se dediquen a pianistas. Además, yo pude matarles antes a ustedes, ¿no? ¡Pum, pum! No es que lo hayan hecho mal del todo, pero tengo un oído privilegiado.

—Canastos —jadeó el otro Simón—. ¡Todavía me tiemblan las

piernas! ¡Demonios de pum, pum!

Se dirigió hacia un sillón, dispuesto a sentarse, y uno de sus pies tropezó con el costado de Ramiro. Lanzando una exclamación, Simón saltó por el aire, dio la vuelta y se pegó el gran batacazo, para ponerse inmediatamente de rodillas, con los ojos desorbitados… que aún se abrieron más al ver el cadáver.

Nora Tisdale se echó a reír y se dedicó a terminar de recoger las cosas de su maletín. Los dos Simones examinaron los cadáveres de Costas y Ramiro y ambos se estremecieron. Miraron a la dulce señorita Tisdale que, tras recogerlo todo, se sentó en un sillón, deslizó la pistolita por el escote y encendió un cigarrillo.

Sólo entonces reaccionaron los dos espías.

—Canastos —repitió Simón II—. ¡Y yo creía que lo que se contaba de ella eran fábulas! ¿Qué ha pasado aquí?

—Llegué, me sorprendieron, me ataron, los engañé, los maté, y todo sigue casi igual que antes. ¿Y los otros dos niños?

—¿Qué niños?

—Simón Tercero y Simón Cuarto.

—Ah… Vieron salir a la mujer y al otro tipo y se fueron a por ellos.

—Excelente. Eso quiere decir que dentro de un minuto o dos llegará aquí el helicóptero. Que salga uno de ustedes a recibirlos para que ellos sepan que todo está bien aquí.

—¿Y si no está bien en el helicóptero?

—Simón: si dos agentes de la CIA no saben resolver una pequeña cuestión contra un hombre y una mujer a los que tienen bajo sus puntos de mira, será mejor que nos muramos todos de una vez.

Casi dos minutos más tarde se oyó el rumor del helicóptero acercándose. En pocos segundos descendió cerca de la casa. Simón II miró a Nora, ésta asintió con la cabeza, y el espía salió pistola en mano.

Regresó muy poco después, precediendo a Margarita Benítez de Mendieta, a la que seguían, también pistola en mano, Simón III y Simón IV.

—Hola… —saludó amable la señorita Tisdale—. ¿Qué le ha pasado a su amigo Peláez? ¿No tiene ganas de conversación?

—Si el tipo aquél era el tal Peláez —dijo Simón III—, ya no conversará nunca más. Se puso tonto.

—Pues ya no es tonto, ni listo, ni nada —deslizó fríamente Nora —. Pero la señora Mendieta sí puede ser todavía muchas cosas…, aparte de una eficacísima asesina. ¿No es cierto, Margarita?

—¿Quién es usted? —preguntó Margarita con voz ronca.

—Ya se lo dije: de la CIA La agente Baby. Ellos son Simón, Simón, Simón y… Simón. Hola, queridos.

Simón III y Simón IV sonrieron encantados de la vida.

—Hola, queridísima —dijo Simón IV.

—Bien… —rió Baby—. Y ya todos presentados, vamos a conversar. Pero muy de prisa, porque el tiempo se nos está echando encima y no quisiera perderme la rueda de prensa de esta tarde nada menos que con el futuro presidente de Gran Caribe, el bizarro general Juan María Carrasco Nogales. Antes que nada, Margarita, quisiera que usted comprendiese las cosas perfectamente, así que se las expondré tal como tengo por costumbre cuando no quiero perder tiempo. Fíjese bien: yo estoy dispuesta, sea como sea, a saberlo todo. ¿De acuerdo? Así que usted puede elegir: decírmelo cuando ya le haya cortado las orejas, roto los dientes a martillazos y cosas así, o decírmelo ahora en perfecto estado de salud y sentada tranquilamente en un sillón… ¿Un cigarrillo?

Margarita Benítez, lívida, dejó de mirar los cadáveres de Costas y Ramiro y se dirigió hacia un sillón. Nora miró a Simón, le hizo una seña y el espía ofreció un cigarrillo a Margarita.

—Estupendo —sonrió Baby—. A mí me gusta más resolver las cosas pacíficamente, se lo aseguro. Y veo que a usted también…, cuando le conviene, claro. Mmm… Aunque soy muy rencorosa con personas como usted, por el momento olvidaremos eso de matarme y echar mi cadáver al mar. Vamos a ver, Margarita: ¿quién planeó todo esto?

—Juan María y yo.

—¿Al decir Juan María… se refiere al general Carrasco?

—Sí… Sí, claro.

—Pero su esposo, el… malogrado Sérvulo Mendieta, también tomó parte, ¿no es así?

—Sí.

—Y el capitán Barea.

—Sí.

—Bueno… Por favor, hable usted. No vamos a pasarnos el día

con preguntas de adivinanzas. Explíquelo todo.

—Juan María…, el general Carrasco, fue quien lo planeó todo. El sabía que mientras existiese López-Villegas nunca podría aspirar a la presidencia del país, así que decidió eliminarle. Pero como matarle era muy comprometido, lo arreglamos de un modo que al mismo tiempo que eliminábamos a López-Villegas, Juan María Carrasco quedase como un héroe. Mi marido se encargó de… de secuestrar al general Carrasco…

—Con el consentimiento de éste, claro.

—Sí, claro… Todo fue simulado…

—Pero los golpes y las torturas, no. Había que convertir a Carrasco en un auténtico héroe. Conocí no hace mucho a otro sujeto que pretendía lo mismo[1]… Casi la misma jugada. Bien… Ya tenemos al heroico general Carrasco secuestrado, maltratado… ¿Qué más?

—César Barea, que era un oficial muy ambicioso, aceptó colaborar con nosotros a cambio de convertirse en poco tiempo en el jefe de las fuerzas armadas del país, sólo superado por Carrasco…

—¿No existe el campesino que le facilitó la información sobre la choza donde estaba «prisionero» Carrasco?

—No. Inventamos eso para justificar la intervención de César Barea. El fue con algunos soldados y tal como estaba previsto mató a los tres cómplices de mi marido que estaban con Carrasco para que no hablasen en adelante. En cuanto Carrasco pudo hablar oportunamente, acusó a mi marido, cosa que también estaba prevista. Sérvulo debía aceptar la acusación y decir que había estado obedeciendo órdenes de López-Villegas a fin de que éste fuese a la cárcel. Y así ocurrió. Más adelante, mi marido, por haber sido… razonable y colaborar en la detención del verdadero culpable e instigador, sería perdonado, si bien desterrado de Gran Caribe…

—Con una buena cantidad que le permitiría vivir como un rey en cualquier parte, ¿no?

—Sí… Periódicamente, Juan María Carrasco, que sólo quiere la presidencia para enriquecerse y luego marcharse también, nos enviaría dinero de los Fondos del Estado…

—Qué grupito de ladronzuelos: vivir a costa de un país… Lo más inhumano que pueda darse. Pero siga, siga, Margarita… ¿Por qué mató usted a su marido?

Margarita Benítez respingó.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Por sus guantes, que llevan bordada una margarita. Se ven bastante bien en una película… ¿Usted pilotaba el helicóptero y disparó desde él contra su marido?

—Sí.

—¿Y también asesinó al capitán César Barea?

—Sí.

—Bien… Comprendo que, como hicieron con Chávez, Pérez y Crespo, decidieron cerrar para siempre la boca de Barea. Es normal. También supongo que los tres hombres que estaban con usted aquí habrían sido asesinados muy pronto, ¿verdad?

—Sí.

—Comprendo todo eso: no hay mayor silencio que el de la muerte. Todos los que sabían el asunto debían ser eliminados. Y usted se ha encargado en persona de ello, ¿no es cierto, Margarita?

—Sí.

—Bien… No voy a escalofriarme porque también soy muy mala a veces. Estoy desconcertada. Comprendo que su marido aceptase una temporada en la cárcel con tal de que López-Villegas fuese también a la «Caimanera» para toda su vida, pero… ¡Vamos! ¡No me diga que él sabía que también iba a ser… silenciado!

—No. El creía que pronto lo dejarían marchar desterrado y que yo lo estaría esperando en Miami.

—Usted, su propia esposa, lo mató. ¿Por qué?

—Porque a quien amo en realidad es a Juan María Carrasco. El lo sabe; nos hemos… visto algunas veces a solas…

—Todo un asco —susurró Baby—. No me sorprende en un hombre que dice que su país no necesita un buen político como es López-Villegas. Eso no me gustó. Siga.

—Decidimos matar también a Sérvulo. Así, al mismo tiempo que lo callábamos para siempre, yo quedaba libre y Juan María se reuniría conmigo más adelante; mientras tanto, nos iríamos viendo, claro. Y, además, matando a Sérvulo, todo seguía acusando a López-Villegas; igual que con la muerte del capitán Barea.

—Ya. De modo y manera que sólo quedaría usted y Carrasco. Usted, que escaparía a cualquier parte donde viviría espléndida a la espera de que suficientemente expoliado el país por Carrasco, él

fuese a buscarla. Y Carrasco, el gran héroe, el gran… amante. ¿Sí?

—Sí… Sí.

—Pues, querida Margarita, voy a decirle algo que no le gustará en absoluto: usted también estaba destinada a morir.

—¿Yo?

—Claro, Margarita. ¿Piensa que un hombre como Carrasco hace todo esto por… amor? ¡Vamos, vamos…! Ese hombre es un líder ambicioso, sólo quiere poder. Cuando necesitase alguna compañía femenina, ya sabría cómo hacerlo; pero tenga por seguro que a usted la habría silenciado también. A su mejor colaboradora.

—No… No la creo…

—Usted es tonta —refunfuñó Baby—. Han hecho un trabajo sucio, en el cual su parte ha sido la más sucia de todas, asesinando a su propio marido… ¿Cree que Carrasco viviría tranquilo sabiendo que usted estaba viva y que en cualquier momento podía hablar? Yo le digo que no. Puede que se hubiese visto con usted fuera del país, pero no habría sido para amarla, sino para asesinarla. Entonces, ya tranquilo, habría regresado aquí y, si así convenía, se habría casado con alguna mujer que le ayudase en su encumbramiento. ¿De verdad no me cree?

—No… ¡No!

—Allá usted —encogió los hombros Baby; miró su relojito—. Bien, creo que debemos pensar en darle una lección al heroico general Carrasco Nogales. Y se la ha ganado por meter a la CIA en esta cochinada. ¿Por qué lo hizo?

—Para dar a todo mayor realismo. Todos sabemos que la CIA interviene en cuestiones internas de muchos países del continente.

—Es cierto —susurró Baby—. Pero no lo había hecho esta vez en Gran Caribe. Sin embargo, ¿quién lo dudaría? La CIA, siempre la CIA, metiendo sus narices en todas partes… Muy astuto el general Carrasco. Dígame una cosa: ¿los rusos han tenido algo que ver en esto?

—No. Nadie. Sólo nosotros.

—Espléndido. Todo será más fácil así…

—A fin de cuentas, la CIA va a intervenir —dijo acremente Margarita Benítez—. Y con eso sólo conseguirán apoyar las acusaciones de Juan María.

—¿Está sugiriéndome que no haga nada? —sonrió Nora Tisdale.

—En cuanto lo haga, el nombre de la CIA volverá a sonar.

—Sí, es posible. Por lo tanto habría que buscar algún arreglo especial… Algo que mantuviese a Gran Caribe aislado como hasta ahora del espionaje internacional para alegría de todos los caribeños… y de una simpática persona en especial, que tiene todo el derecho del mundo a descansar y a escuchar buena música en paz, con el sol, el mar, el cielo… Tendríamos que arreglar las cosas de modo que toda la prensa y los servicios secretos de todo el mundo llegasen a la misma conclusión: cuestión estrictamente interna de Gran Caribe; la CIA no ha tenido nada que ver… Vamos a ver si pensando, pensando…

Y se quedó pensativa bajo la expectante mirada de los Simones. Nada menos que durante cinco minutos, la agente Baby estuvo pensando, en medio de un gran silencio. Por fin, sus ojos quedaron fijos en Margarita Benítez, mientras una leve sonrisa iba apareciendo en sus labios.

—*Okay* —sonrió.

Se puso en pie, chascó dos deditos y señaló hacia un rincón de la estancia. Los cuatro Simones se reunieron allí con ella, y durante cinco minutos, lanzando de cuando en cuando una exclamación, la estuvieron escuchando. Hubo un conato de discusión entre Baby y Simón I, pero ella la atajó con un gesto y salió del saloncito.

Simón I se acercó a Margarita Benítez y se quedó mirándola sombrío.

—Desnúdese —masculló.

Margarita se enderezó, respingando.

—¿Qué… qué…? —tartamudeó.

—¡Que se desnude! ¡Vamos, vamos! ¡Hay muchas cosas que hacer antes de que empiece la rueda de prensa del general Carrasco!

Capítulo VIII

Una salva de aplausos acogió la aparición de Juan María Carrasco Nogales en el estrado desde el cual iba no sólo a someterse a la rueda de prensa, sino a llevar su voz y su imagen hasta el último rincón del país por medio de la radio y la televisión. Todo estaba preparado: micrófonos, cámaras de TV, periodistas, políticos, militares… Lleno absoluto en el Salón de Actos de la Casa Presidencial.

El general estuvo aceptando sonriente los nutridos aplausos durante unos segundos. Luego, alzó las manos en petición de silencio, y el silencio se hizo. El gran hombre iba a hablar.

—Agradezco a todos su presencia —dijo—. Agradezco a nuestras emisoras de radio y de televisión el valioso servicio que están prestando a todo el país. A mi país. Sinceramente, soy el primero en lamentar las dolorosas circunstancias que…

Sólo se oía la voz del general Carrasco. Ni siquiera un suspiro. La televisión y la radio enviaban sus palabras y su imagen a todo Gran Caribe. La atención de los presentes era total. Se tomaban notas, se grababa el discurso de apertura de la rueda de prensa, en la cual, el general Carrasco iba a contestar a las preguntas de todos los periodistas, nacionales o extranjeros.

—… porque en definitiva, lo único que importa por encima de todo, es la patria.

Salva de aplausos, estruendosa.

Petición de silencio por parte del general.

—Pero la patria no puede ser convertida en escenario de crímenes y violencias sólo para satisfacer ambiciones personales. Así, todos tenemos el derecho y la obligación de…

Algunos periodistas se sintieron molestos cuando la mujer que ocupaba una plaza en uno de los bancos se puso en pie y comenzó a pasar hacia el extremo, hacia el pasillo. Su movimiento atrajo la

mirada de todos. En especial la del comandante Barrios que, muy atento al discurso, no perdía tampoco de vista lo que pudiese suceder en la sala. El comandante Barrios frunció el ceño mirando a la mujer, que llegó al pasillo y se colocó cerca de la puerta de salida, al fondo… La mujer llevaba lentes de sol y un pañuelo en la cabeza.

—… y por lo tanto, en cuanto a mí se refiere, estoy dispuesto a demostrar, tanto si mi candidatura triunfa como si no, que en todo momento seguiré dispuesto a cualquier sacrificio de cualquier clase por esta patria mía que…

—¡MENTIRA! —gritó una voz.

Un cañonazo no habría sido oído mejor, ni habría causado mayor efecto que aquella sola palabra que pareció retumbar contra las paredes y en especial contra el rostro de Carrasco Nogales, que quedó lívido, demudado el rostro cuando la mujer se quitó los lentes de sol y el pañuelo que cubría su cabeza.

Un rumor se extendió por el Salón de Actos de la Casa Presidencial:

—Es la esposa de Mendieta…

—Es Margarita Benítez…

—Benítez…

—Mendieta…

—Margarita… La conozco bien…

El comandante Barrios comenzó a moverse pasados un par de segundos de estupefacción general, pero quedó como clavado en el suelo cuando Margarita Benítez de Mendieta volvió a gritar:

—¡MENTIRA Y MIL VECES MENTIRA! ¡No eres más que un farsante, Juan María Carrasco! ¡Sabes muy bien que todo lo planeamos nosotros: tú, yo, mi marido, el capitán Barea…! ¡A él le habrías ascendido muy pronto a jefe de las fuerzas armadas, y a mi marido y a mí nos habrías dado un millón de pesos para que nos fuésemos del país, desterrados! ¡Eso fue lo que les dijiste a ellos para que te ayudasen a realizar el plan contra López-Villegas! ¡Pero también a ellos los engañaste, pues siguiendo tus órdenes yo los maté a los dos! ¡Sí, a mi propio marido, porque me habías ofrecido todo cuanto pudieras explotar de este país, tu patria…! ¡Todo ha sido mentira, una farsa para eliminar a López-Villegas y luego reunirte conmigo llevándote todo el dinero que hubieses expoliado

a tu pueblo! ¡Pero sé que luego me asesinarías a mí para que nadie supiese nunca nada! ¡Pero antes de que me asesines…!

El comandante Barrios, que casi corría hacia Margarita Benítez, volvió a quedar clavado al piso al oír de pronto el ronco alarido de Carrasco Nogales:

—¡Cállate, maldita! ¡Estás loca!

—¡Asesino! —gritó ella—. ¡Farsante! ¡Ladrón, criminal…! ¡No permitiré que me asesines también a mí!

—¡A ti no había pensado…! —empezó a aullar Carrasco.

Se calló en seco. Los ojos de los presentes se desorbitaron. El comandante Barrios y otros oficiales de la guardia personal parecían paralizados. Las cámaras de televisión iban de Carrasco a Margarita y viceversa, los micrófonos lo recogían todo…

—¡A mí igual que a todos! —chillaba Margarita—. ¡Por eso me enviaste a Vado Azúcar, a la casa vieja, para que estuviese sola para cuando decidieras eliminarme, quizá mañana mismo! ¡Y antes que eso, yo acabaré contigo!

Un grito escapó de todas las gargantas cuando Margarita Benítez sacó la pistola con silenciador de debajo de sus faldas. Nadie pudo impedirlo, nadie tuvo tiempo de reaccionar…

Plop. Plop. Plop.

Juan María Carrasco Nogales estuvo chillando mientras recibía las tres balas en el pecho, agarrado desesperadamente al estrado lleno de micrófonos, papeles, jarra de agua, vaso, plumas… De pronto se derrumbó desapareciendo de la vista de todos los ocupantes del Salón de Actos que se habían puesto en pie gritando… En un instante, el caos fue espantoso…, mientras Margarita Benítez salía de allí, corriendo, derribando a los dos soldados de guardia en la puerta, a uno de un golpe con la pistola en la mandíbula, al otro de un rodillazo en el vientre que lo fulminó…

—¡Que nadie salga de la Casa Presidencial! —aullaba el comandante Barrios—. ¡Daniel, Andrés, avisad a toda la guardia, controlad la salida…!

Pero la salida, al menos la de la Sala de Actos, estaba obturada por los periodistas, que se apretujaban unos contra otros, impidiéndose el paso y dificultándoselo sin remisión a los oficiales de la guardia. Y el causante de aquel disparate era un tipo alto, de

greñas rubias y ojos claros, que voceaba más que nadie y era tan torpe para salir, que conseguía todo lo contrario. Ni queriendo conseguir precisamente obturar la salida podía haberlo hecho mejor.

Mientras tanto, Margarita Mendieta corría por un pasillo vacío de la Casa Presidencial, mirando a ambos lados… No se alarmó lo más mínimo cuando una de las puertas se abrió y apareció un hombre de mediana edad, haciéndole señas.

—¡Por aquí! —llamó—. ¡Por aquí!

Margarita entró en una de las habitaciones, jadeando, y miró al hombre, que preguntó ansioso:

—¿Lo ha conseguido?

—Sí… Todo ha salido como les dije, señor Sánchez.

—Es increíble —exclamó Héctor Sánchez—. ¡Increíble, no hay otra palabra! ¡Cuando usted nos llamó a los cuatro para que la ayudásemos…!

—Lo está haciendo, señor Sánchez —sonrió Margarita Benítez—. Pero si seguimos charlando, Simón no podrá detener más a todos en la puerta… ¡Tengo que salir de la Casa Presidencial cuanto antes!

—Ya le dije por dónde, estudió usted el plano… ¡Esa es la puerta! ¡Salga por ella y siga por…!

—¡Ya lo sé! ¡Adiós!

Margarita Benítez desapareció por aquella puerta y Héctor Sánchez, ex secretario del ministro del Interior de Gran Caribe, salió de la habitación. Por el pasillo se oían ya carreras, gritos… Aparecieron soldados y paisanos en una gran confusión. Los que más prisa tenían eran los periodistas, ávidos de enviar la noticia a sus respectivos periódicos… En medio del torbellino de gente, Héctor Sánchez consiguió llegar junto a otro hombre de edad parecida a la suya, que a su vez acudía a su encuentro.

—¿Ha escapado? —preguntó el otro.

—No tardará en saltar las verjas de atrás, Ginés. Lucas habrá alejado a la guardia de allí, tal como convinimos con esa mujer simulando un accidente con su auto… ¿Has visto a Eloy?

—Debe estar en su puesto, asegurándose de que ella consigue salir. ¡Vamos a esperarlo al lugar convenido!

Todavía seguía la confusión cuando Eloy Salvatierra acudió jadeante al lugar de la cita, dentro mismo de la Casa Presidencial,

donde el furioso comandante Barrios estaba poniendo orden en lo posible.

—¿Ha escapado? —preguntó en seguida Sánchez.

—Sí, sí…

—¿Ha podido saltar bien la verja?

—¿Saltarla? ¡Ha pasado volando por encima de ella…! ¡En mi vida he visto una mujer como ésa! ¡Cualquiera sabe dónde está ahora!

Aferrada al volante del coche, Margarita Benítez suspiró cuando las últimas edificaciones de la ciudad quedaron atrás. Tenía la frente cubierta de sudor y notaba húmedas las manos metidas en los guantes blancos con una margarita bordada. Su mirada iba hacia el retrovisor y a cada instante la expresión de alivio iba siendo más y más clara en su rostro.

—Bien… —musitó—. ¡Bien por todos!

Tres kilómetros más adelante estaba ya relajada por completo, seco el sudor de su rostro debido al aire de la marcha. Miró su relojito y asintió con la cabeza. Todo iba bien. Tan bien, que sonrió al dirigir una nueva mirada hacia atrás por el retrovisor. Con una mano comenzó a desabrocharse el vestido…

Doce kilómetros más adelante, desvió el vehículo hacia la derecha de la carretera, por terreno pedregoso. A la izquierda había un espeso grupo de árboles… Delante, el corte seco, vertical, de un acantilado. Detuvo el coche, saltó de él y corrió hacia los árboles, entre los cuales pudo ver el coche de Nora Tisdale. Un hombre acudía corriendo a su encuentro, bajo la sombra, sorteando los troncos.

—¿Ha salido bien? —Casi gritó.

—Sí… ¡Tráiganla ya! ¡Y mis cosas!

Simón IV se volvió haciendo una seña. Del vehículo salieron dos hombres y una mujer, ésta sólo cubierta por las dos prendas más íntimas, arrastrada sin miramientos por el hombre que se ocupaba de ella. Mientras tanto, Margarita había quedado también en sujetadores y pantaloncitos y tendía el vestido a la otra mujer, que la contemplaba entre estupefacta y horrorizada: era como contemplarse a sí misma.

—Póngase su vestido —ordenó la Margarita recién llegada—. ¡Vamos, hágalo en seguida!

Mientras la verdadera Margarita Benítez de Mendieta, como una autómata, volvía a ponerse su vestido, la otra comenzó a quitarse cosas de la cara: aretes de la nariz, maquillaje de la barbilla y de las orejas, almohadillas de espuma de dentro de la boca, microlentillas negras de contacto de los ojos…

Aterrada, ya vestida, la auténtica Margarita contemplaba a la divina muchacha de grandiosos ojos azules, que se clavaban fríamente en ella. La vio vestirse con las ropas de Nora Tisdale, ponerse la peluca rubia, las microlentillas de color verde…

—Pe-pero… ¿qué… qué…?

—Al coche con ella —dijo la señorita Tisdale.

—Vamos, muévase —gruñó Simón II.

La asió de un brazo y la llevó hacia su propio vehículo. Nora Tisdale se adelantó y colocó en el asiento contiguo al del volante los guantes blancos con una margarita bordada y la pistola con la que había sido asesinado Juan María Carrasco Nogales.

Luego se colocó delante de la desconcertada viuda de Mendieta.

—Ya le dije, Margarita, que yo también soy muy mala a veces. Sobre todo con personas como usted y Carrasco Nogales. No puedo remediarlo: cuando encuentro seres como ustedes, los aplasto como a bichos venenosos.

—¿Qué… qué va hacer…? ¿Matarme…?

—Por supuesto. Pero seré más misericordiosa de lo que usted fue con Barea y con su propio marido: usted no sufrirá, no se enterará de nada. Sin embargo, sí sabrá cuándo ha llegado al infierno… Y hacia allá va ahora.

La mano derecha de Nora Tisdale se alzó para caer con medida fuerza en un lado del cuello de Margarita, casi tocando el hombro. Margarita puso los ojos en blanco y habría rodado por el suelo de no sujetarla Simón, que miró vacilante a Nora Tisdale.

—Acabemos —susurró ésta.

Margarita Benítez de Mendieta fue colocada ante el volante de su coche. La portezuela fue cerrada después de soltar los frenos y la marcha primera, que lo había estado sujetando en el suave descenso pedregoso hacia el acantilado…

—Vámonos —dijo Nora—. Es mejor desaparecer cuanto antes.

Pero los tres hombres, como petrificados, miraban el vehículo que rodaba lentamente hacia el acantilado…

—¡Vamos! —exigió Nora.

Tiró del brazo de uno de ellos y los demás reaccionaron también, echando a correr hacia los árboles entre los cuales estaba escondido el coche de la señorita Tisdale… Muy pocos pasos habían recorrido cuando oyeron el crujir de la chapa metálica, el rebotar de la masa de hierro y cristales contra las rocas en su camino hacia el profundo acantilado, hacia el profundo mar…

Cuando los cuatro estuvieron acomodados en el vehículo con Nora al volante, ya sólo volvía a oírse el rumor del mar golpeando contra las rocas. Nora dio el encendido del motor. Simón II se pasó la mano por la frente y jadeó:

—Dios…

—¿Se encuentra mal? —Le miró Nora.

—No sé… —El espía tragó saliva—. No lo sé.

—Les dejaré junto a su coche —sonrió la señorita Tisdale—. Y tengan cuidado al conducir: estas carreteras que bordean la costa son peligrosas.

Capítulo IX

—Pero, comandante Barrios —protestó la señorita Tisdale—, ¡parece como si usted me considerase peligrosa! Si piensa eso por la pistolita que llevaba el otro día en mi maletín…, ¡vea!, ¡ni siquiera llevo el maletín!

—No, no, señorita Tisdale… No es eso. Le ruego que me perdone, pero… las cosas han cambiado.

—¿Han cambiado? ¿En qué?

—Bien… Usted debe saber que el general fue asesinado…

—¡Por supuesto que lo sé! Todo el mundo lo sabe…

—Pero usted no estuvo en la rueda de prensa, ¿verdad?

—Comandante Barrios —pareció ofenderse Nora Tisdale—: me pregunto si en su país una mujer no tiene derecho a sentirse indispuesta.

—¿Eh…?

—¡Indispuesta! Aunque quizá usted quiere que se lo explique con todo detalle.

—No, no… No… —Enrojeció Barrios—. Mire, no… Bueno, yo la entiendo…

—Pues yo diría que no. Estuve indispuesta ayer tarde, de modo que vi todo lo sucedido por medio del televisor de mi *suite* del «Hotel Embajadores». Pero lo que vi no es suficiente para escribir lo que pasó después. No olvide que estaba indispuesta en mi *suite*… Afuera pasaron muchas cosas, muchas… noticias, sobre las cuales todos los corresponsales han enviado ya reportajes a sus periódicos… Y yo, no. ¡Se lo aseguro, mi jefe va a matarme, siempre me pierdo…!

—Cálmese, por favor, cálmese… Mire, si ha leído los periódicos nacionales de esta mañana, usted ya debe estar enterada: la esposa de Sérvulo Mendieta estaba entre los periodistas y de pronto, ella…

—Todo eso lo vi por televisión. Todo el país lo vio.

—Sí… Sí, es cierto. Entonces, ¿qué desea usted saber…?

—¡Quiero ver al doctor López-Villegas, ya se lo he dicho! ¡Y usted no me permite pasar!

—Esto… Respecto a lo sucedido luego, pues… Bueno, la fuerza armada fue hacia Vado Azúcar, encontramos una casa y delante de ella el helicóptero que utilizaron para disparar desde él contra Sérvulo Mendieta… Luego, encontramos el coche de Margarita Benítez de Mendieta en el mar, al pie de un acantilado. Ella estaba muerta, pero encontramos la pistola con que fueron asesinados el general Carrasco y el capitán Barea. En la casa, además del helicóptero, encontramos el rifle con que mató a su marido… En definitiva, señorita Tisdale, todo lo que dijo Margarita Benítez era cierto, el propio general se delató… De manera que el doctor López-Villegas fue puesto en libertad… No es que yo me equivocase con respecto al general, comprenda usted. Yo… tenía que custodiar al futuro presidente, y eso es lo que estoy haciendo ahora: siempre al servicio de mi patria, sirviendo a quien lo merezca. Usted entiende, ¿verdad? Por otra parte, teniendo en cuenta…

—¡Comandante Barrios!

—¡Diga, señorita Tisdale!

—Todo lo que usted está diciendo lo he leído ya… ¿Quiere hacer el grandísimo favor de avisar al doctor López-Villegas de que solicito una audiencia?

—Usted no entiende… Él está ocupado…

—También me dijeron eso cuando fui hace cuarenta y ocho horas a ver al general Carrasco. Y lo vi. Por cierto, que tuve que romper todo lo bueno que había escrito sobre él destinado a las mujeres de Gran Caribe.

—Sí, sí, sí, entiendo… Muy natural. Usted perdió su tiempo, claro. Yo… lo siento, pero…

—Si usted no me anuncia al doctor López-Villegas, empezaré a gritar y diré que usted ha pretendido… desnudarme a la fuerza aquí mismo.

—¿Có-có-cómo… di-dice… usted…?

—Bueno —frunció el ceño Nora Tisdale—, si usted es sordo, mis gritos no van a molestarle demasiado…

Abrió la boca; el comandante Barrios se abalanzó hacia ella y le

puso una manaza sobre los labios.

—¡Por favor! —Casi aulló—. ¡Usted está loca! Cálmese, se lo ruego… La voy a anunciar, pero si el doctor López-Villegas no quiere recibirla, se irá sin armar escándalo… ¿De acuerdo?

Le quitó la mano de sobre la boca. La señorita Tisdale sonrió y dijo:

—«All right».

—Bien… ¡No se mueva de aquí!

Barrios desapareció tras la gran doble puerta. Reapareció apenas cinco segundos más tarde, atónito.

—Pase usted —dijo.

—Gracias.

Entró en el salón y miró sonriente hacia la gran mesa rodeada de serios caballeros que la miraban expectantes, curiosos. En la cabecera, un poco pálido y desmejorado, pero con una luz de resolución en los ojos, López-Villegas sonrió enigmáticamente, poniéndose en pie.

—Señorita Tisdale… —saludó—. ¿Cómo está usted?

—Indignada —aseguró Nora—. ¡Ese absurdo comandante…!

—¿Quiere que lo degrademos?

—Bueno… No, no… Es simpático a pesar de todo. Doctor López-Villegas, yo quería una… entrevista… personal. Trabajo para un periódico de las Bahamas, como ya le dije, y…

—Sí, lo recuerdo. Usted fue de las pocas personas que vino a verme a la «Caimanera». Usted y algunos amigos… No sé si conoce usted a los señores Salvatierra, Orozco, Medrano, Sánchez, Vara…

—No, no conozco a ninguno, no…

Parecía que eso era cierto. Pero los señores Héctor Sánchez, Eloy Salvatierra, Ginés Medrano y Lucas Orozco cambiaron una mirada y apenas consiguieron contener sus sonrisas. Claro que ellos sólo habían visto a aquella mujer cuando parecía ser Margarita Benítez, pero en su porte había algo que…

—Se los presentaré más formalmente en otra ocasión. ¿Quería usted algo especial de mí? ¿Sí? Bien… Caballeros, por favor, perdónenme un minuto. Venga, señorita Tisdale.

Se dirigió hacia una pequeña puerta, seguido por Nora… Entraron en un pequeño gabinete y López-Villegas señaló un silloncito. Él se sentó delante de Nora y sonrió.

—Por supuesto —susurró—, la CIA no será mencionada, Pero me pregunto si puedo hacer algo por usted en lo personal, señorita Tisdale.

—No sé si le entiendo, señor presidente.

—Todavía no soy presidente —rió López-Villegas—. Pero no cabe duda de que lo seré. Dígame la verdad: usted es la agente Baby de la CIA, ¿cierto?

—¿Cómo dice?

—Cuando usted me visitó en la «Caimanera» y comprendí quién era, tuve una de las mayores alegrías de mi vida. Se lo digo en serio: ¿puedo hacer algo por usted?

—Pero, doctor, yo sólo he venido a pedirle declaraciones personales para un reportaje que…

—Esperaba algo así —López-Villegas metió la mano en un bolsillo interior y sacó unos pliegos—. Lo que digo aquí es sólo para usted, de modo que su reportaje será excelente, sensacional y… exclusivo. Espero que los temores del comandante Barrios no se cumplan y que su jefe no la mate… —sonrió divertidísimo—. ¿Qué más puedo hacer por usted? ¡Lo que sea, lo que quiera, se lo juro!

Nora Tisdale sonrió angelicalmente, tomando los pliegos.

—Por sistema, no pido nada para mí, doctor —susurró—. Mi pasatiempo favorito es ayudar a quien lo merece. Pero… algo sí quiero decirle, y le ruego que no lo olvide: no defraude a las personas que confían en usted. ¿Está claro?

López-Villegas sintió un intenso frío en todo el cuerpo cuando aquellos ojos verdes parecieron hundirse en los suyos, fríos, directos, congelados.

—Por encima de todo, amo a mi pueblo verdaderamente. Pero, además, no quisiera acabar como Carrasco. Gracias por todo, señorita…, señorita…

—Nora Tisdale.

—Oh, vamos… Yo sé guardar un secreto, de veras.

—Yo también —sonrió Nora Tisdale—. Pero si no le basta el nombre de Nora Tisdale, puede recordarme como… Margarita… Sí. Eso es: Margarita… Una asesina llamada Margarita.

Este es el final

> Margarita, está linda la mar, y el viento
> lleva un sutil perfume de azahar…

—Eso es de Rubén Darío —sonrió don Agapito Echegoyen.

—En efecto: Félix Rubén García Sarmiento, conocido en todo el mundo como Rubén Darío —asintió la señorita Tisdale—. Siempre ha sido mi poeta preferido. Conozco casi todos sus versos de memoria… ¿Quiere que le recite «La tigre de bengala»…?

—No, no, no, por favor… ¡Creí que había venido usted a escuchar música en mi compañía, señorita Tisdale!

—Bien… Me gustaría, señor Echegoyen, pero… tengo que volver.

—¿Volver? ¿Adónde?

—A Nassau. Una periodista siempre tiene mucho trabajo…

—Por favor —frunció el ceño Echegoyen—, ya basta de jugar, señorita Tisdale. ¿O debo llamarla Baby?

—¿Perdón? —se sorprendió Nora Tisdale.

—Oh, vamos… Usted es la agente Baby de la CIA Esa mujer que va por el mundo del espionaje proporcionando disgustos a todo el mundo… A todo el mundo que lo merece, se entiende. ¿Por qué cree que la ayudé? Supongo que más pronto o más tarde usted habría encontrado la pista adecuada y habría resuelto las cosas a su manera como tiene por costumbre. De todos modos debo admitir que su actuación final fue magnífica.

—Señor Echegoyen, no entiendo una sola palabra.

—Me refiero a lo del Salón de Actos de la Casa Presidencial… Lo vi todo por televisión —señaló el aparato—. ¿Quiere creerme si le digo que al principio yo creía que aquella mujer era la verdadera Margarita Benítez? Fue genial, increíble.

—Muchas gracias. Parece que es una tontería intentar engañarlo a usted, ¿verdad?

—Una solemne tontería. Ah, si usted supiera… Soy un viejo lobo del mundo, señorita… Tisdale. Pero hace ya tiempo que me retiré del todo. Y aquí vivo en paz, al sol, junto al mar, bajo el cielo azul… No pido más.

—¿Ni siquiera cinco millones de dólares que dan por la cabecita de cierta espía?

—¡Dólares! ¡Millones! ¿Qué significa eso para quien sólo quiere vivir en paz y hacer algo bueno, útil…? Tonterías… El dinero es tan poca cosa en realidad… A propósito, creo que los veinte mil dólares que usted me pagó se los voy a devolver. A fin de cuentas…

—Puede quedárselos —sonrió Nora Tisdale—. Así, en lugar de doscientos mil, tendrá doscientos veinte mil por si alguna vez el viejo espía tiene que escapar de aquí con su auténtico pasaporte.

—¿Cómo dice? —Palideció Agapito Echegoyen.

—Don Agapito, quien es capaz de abrir una caja fuerte en quince segundos, puede encontrar un doble fondo en poco más de tiempo. Y encontrar doscientos mil dólares. Y un pasaporte auténtico a nombre muy diferente al de Agapito Echegoyen. Pero puesto que usted está retirado ya y piensa de modo tan apacible, vamos a olvidarlo todo: yo me iré, usted se queda, y… ¡que viva muchos años bajo el sol y cerca del mar!

—Pe-pero… Bueno, yo… creí que… que había tenido a mi merced a la agente Baby de la CIA y… y resulta que…

—Así fue. Al menos, cuando usted me golpeó en la casa del capitán Barea. Estoy segura de que entonces se convenció de quién era yo. Y no me mató. ¿Por qué?

—Creo que es bueno que exista un país donde todos podamos ser amigos —susurró Echegoyen.

—En ese caso debo entender que definitivamente no piensa intentar nada contra mí.

—¡Claro que no!

Nora Tisdale sonrió. Se puso en pie, sacó un sobre del maletín y lo tendió a Echegoyen, el cual sacó unas fotos ampliadas de su rostro y de su auténtico pasaporte. De nuevo quedó lívido.

—Lo supe desde la primera tarde que lo visité —sonrió la divinísima espía internacional—. Pero no se preocupe, todo está

bien ahora que me he convencido de sus buenas intenciones respecto a mí… —Sacó la radio de bolsillo y apretó el botoncito—. ¿Simón?

—Diga, Baby.

—Todo está bien: no es necesario que maten a don Agapito cuando yo me vaya. En realidad es un buen muchacho, un… espía jubilado que sabe distinguir entre el bien y el mal.

—Lo que usted diga. Pero quizá sería mejor matarlo. Estamos listos, tenemos su casa cercada, y si usted quiere…

—No, no. Márchense, todo está bien. Quizá nos veamos en la Central. Hasta entonces…

—Adiós, amada nuestra. Buen viaje de regreso.

Nora Tisdale cerró la radio de bolsillo y miró al palidísimo Agapito Echegoyen, que pudo tartamudear:

—Si… si yo hubiese querido… hacerle daño a usted…

—Ah, querido colega… Si usted hubiese querido lastimarme, a estas horas estaría despedazado a balazos. Pero por fortuna es un hombre listo, o al menos sensato: un país en paz, un espía retirado, sagaz, con sentido humano… Vamos a dejar que ese viejo espía siga muriendo lentamente al sol. Y ahora, con su permiso, me marcho. ¿Me desea buen viaje?

—Sí… Sí, por supuesto: buen viaje, Baby, de la CIA.

—Gracias —sonrió Nora Tisdale—. Gracias, viejo actor, viejo fotógrafo experto… Gracias, Vladimir Dolmatov, agente retirado de la MVD y no olvide esto: si alguna vez deja de considerar que lo más bueno que hay en la vida es el sol, la vida misma y la paz, recibirá la visita de una asesina llamada Margarita… ¡Feliz tarde de música, Vladimir!

FIN

Notas

[1] Véase Novodevichy, 6 de noviembre, de esta colección. < <